

EDICIONES BISTAGNE



CLARK GABLE  
MYRNA LOY  
JEAN HERSHOLT  
ELIZABETH ARLEN

# HOMBRES EN BLANCO





num 356

23710

9c

HOMBRES EN BLANCO

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE-Paseo de la Paz, 10 bis-Tel. 18541-Barcelona

*Maria Vidal Benítez*  
**HOMBRES EN BLANCO**

Magnífico asunto dramático, que cautiva y apasiona desde la primera hasta la última escena. Un verdadero prodigio de arte.

Dirigido por  
**Richard Boleslavsky**

Es un film de la famosa marca  
**METRO-GOLDWYN-MAYER**

Distribuido por  
**METRO-GOLDWYN-MAYER**

IBÉRICA, S. A.  
Mallorca, 201 y 203  
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

## Reparto:

Dr. Ferguson . . . . .	<i>Clark Gable</i>
Laura . . . . .	<i>Myrna Loy</i>
Dr. Hochberg . . . . .	<i>Jean Hersholt</i>
Barbara . . . . .	<i>Elizabeth Allan</i>
Dr. Levine . . . . .	<i>Otto Kruger</i>
Dr. Cunningham . . . . .	<i>C. Henry Gordon</i>
Dr. Michaelson . . . . .	<i>Russell Hardie</i>
Shorty . . . . .	<i>Wallace Ford</i>
Dr. Mac Cabe . . . . .	<i>Henry B. Walthall</i>
Pete . . . . .	<i>Russell Hopton</i>
Dr. Gordon . . . . .	<i>Samuel S. Hinds</i>
Dr. Vitale . . . . .	<i>Frank Puglia</i>
Dr. Wren . . . . .	<i>Leo Chalzel</i>
Mac . . . . .	<i>Donald Douglas</i>



## Prólogo

La película cuyo argumento vamos a narrar, prodigiosa producción de la "Metro Goldwyn Mayer", además de encerrar un argumento de un dramatismo profundamente humano, es una obra documental maravillosa.

El dramatismo de su argumento nos impresiona profundamente a todos por su universalidad.

Plantea un conflicto que todos hemos vivido en mayor o menor escala.

Los años mozos son los más propicios al placer, a las diversiones, a la holganza. Pero son también, precisamente, los que exigen el trabajo más rudo para forjarse un porvenir.

Y, en las vidas de escasa enver-

gadura, esto carece de verdadera importancia. Se trata de un negocio con "Debe" y "Haber". Se sacrifica uno hoy para gozar mañana. Pero cuando se trata de un gran médico en ciernes, ya no hay que mirar a su porvenir ni a los provechos personales que podrá reportarle su juventud sacrificada, sino que hay que enfocar a la humanidad entera y pensar en los beneficios que a ésta reportará el que el joven desperdicie sus años jóvenes pletóricos de vida, consagrándose a un trabajo agotador.

Así acaba por comprenderlo también ella, su futura compañera, y su sacrificio es más de admirar, porque es anónimo. Debemos aquí proclamar nuestra admiración por

las esposas de cuantos grandes médicos ha habido, de cuyo nombre nadie se ha ocupado. Y por sus novias, cuando eran jóvenes, que es el caso que nos presenta esta película.

Como obra documental, esta película es, sencillamente, algo maravilloso, porque nos muestra magistralmente lo que es la Medicina y lo que es el Hospital en los tiempos actuales.

Todas las ciencias merecen nuestra admiración, sobre todo por su desinterés, pero entre todas ellas descuellan las ciencias médicas, porque, además de su desinterés, están caracterizadas por su humanitarismo.

Un médico es un hombre de estudios, de largos, pesados y difíciles estudios, y un gran médico es un sabio admirable, pero, sobre todo eso, cuando el médico sabe comprender bien su misión, se trata de verdaderos sacerdotes de la religión de la Humanidad. Religión en la que todo es desinterés y sacrificio.

En la Medicina, además de la aridez de los estudios de los huesos, de los músculos, de los diversos órganos, de las glándulas, de

los nervios y del cuerpo humano en general, además de las dificultades de la química, además de la habilidad manual del cirujano, además del "ojo clínico", además de las dificultades del pronóstico y el diagnóstico, hay un fondo de humanitarismo que ennoblece a esta ciencia y la pone por encima de todas las demás, que únicamente buscan resultados positivos económicos y, si acaso, todo lo más, la verdad pura.

Y la ciencia médica es hoy algo maravilloso, a pesar de actuar muchas veces a ciegas.

La anestesia, practicada hoy en día con seguridad absoluta, suprime el dolor y hace posibles operaciones quirúrgicas antes difficilísimas.

La antisepsia asegura el resultado de tales operaciones sin peligro de infección.

Va siendo conocido el misterio de las glándulas endocrinas y así ha sido posible obtener, industrialmente, la insulina, alivio de los diabéticos.

La cirugía ha llegado hasta operar en el *sacra sanctorum* del organismo humano: en el mismo corazón.



Y todo esto culmina en el hospital, que esta película describe maravillosamente.

El hospital es el templo de la medicina, y, por lo tanto, de la Humanidad.

En él a nadie se le pregunta quién es, de dónde viene, adónde va, cuál es su profesión, qué ideas profesa.

En él, cada enfermo pierde su personalidad para convertirse en "un caso clínico".

En el hospital, los médicos, medianamente retribuidos, luchan desesperadamente por la salud contra la muerte, poniendo en la pelea todo su entusiasmo.

Y es sumamente interesante el caso de los internos que nos presenta la película, gente joven, plétórica de vida y ansiosos de gozar, consumiendo lo más florido de su juventud en un trabajo agotador y deprimente, trabajando "como bomberos", según expresión gráfica, pendientes de la urgencia de los casos que se van presentando, y sin cobrar nada, trabajando para aprender, no para ganar, y mal alimentados, porque los hospitales son siempre pobres de solemnidad.

Y tales muchachos, como jóvenes

que son, están siempre alegres, bromeando.

Y un hospital es una triste mansión de dolor y de muerte, en donde hace falta tener un corazón bien templado para poder estar alegre.

Pero también tiene sus alegrías el hospital. La de los enfermos que recobran la salud y salen curados... ¿Qué mayor placer para un médico que la despedida llena de agradecimiento de una niña que sale curada, arrebatada a la muerte, devuelta a la vida y a la alegría de sus padres?

La parte documental hace también una incursión en el argumento sentimental de la película al pintar el estado de depresión de los médicos tras de sus peleas a brazo partido con la muerte. Parece comprobado que en momentos y circunstancias tales, la sexualidad se exagera, cual si la vida reaccionase contra la muerte, procurando crear nuevas vidas por una reacción automática de los instintos genésicos.

El título de la película también es simbólico.

Ha caído una nevada y los campos se han cubierto de un purísimo manto de armiño.

Y nos maravilla y seduce la blanca pureza de la nieve.

Así son estos hombres que consagran su vida al servicio de la Humanidad.

Trabajan heroica y abnegadamente y el trabajo purifica sus almas blancas y nitidas cual campo recién nevado.

Blancos son los vestidos rituales de estos sacerdotes de la Humanidad, y blancas son sus costumbres y sus intenciones.

Y cuando sobre la blanca nieve

se posa un cuerpo negro, se trata, tan sólo, de un circunstancial incidente.

Y lo mismo ocurre en las almas y en la vida de estos hombres purificados por el trabajo humanitario, cuya única preocupación constante es la salud y la vida de sus enfermos.

Un desliz sólo es un desliz, pero si trae fatales consecuencias, se harán los más dolorosos sacrificios para afrontarlas de la manera más gallarda.

## FIN DEL PROLOGO

# Hombres en blanco

## ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

La adversidad acecha continuamente al hombre. De repente, cuando menos se espera, cae como el rayo sobre él. Así ocurrió entonces.

Trabajaba el obrero confiado y un accidente del trabajo le rompió las dos piernas.

El capataz llamó por teléfono al hospital pidiendo el envío de una ambulancia.

Otro obrero fué a avisar a la esposa del lesionado, manifestándole que su esposo se encontraba herido en el Hospital de San Jorge.

En dicho hospital, en cuanto se recibió el aviso y salió la ambulan-

cia a buscar al herido, se preparó todo para operarlo pronta y eficazmente.

Los internos, gente joven, siempre alegre y de buen humor a pesar del pesado sacerdocio a que se dedicaban, estaban, como de costumbre, bromeando.

Shorty le decía a Pete:

—¿Quieres prestarme tu chalco blanco para esta noche? Tengo que ir...

Y Pete le contestó, secamente, sin dejarle acabar:

—¡No!

Y, recibida la noticia del accidente, Pete telefoneó:

—Al quirófono, urgente... Urgente... Fractura de ambas piernas y probable lesión interna.

El empleado encargado de ello, según las instrucciones que tenía recibidas, llamó:

—Doctores Hochberg, Gordon, Vitale, Ramsey, Manning.

Y después, tras de advertir:

—Y aunque éste no es un caso para internos, doctor Ferguson... Todos al quirófono de urgencia.

Y los altavoces comenzaron a resonar en todo el hospital con la llamada:

—Quirófono de urgencia, letra B... Doctor Ferguson.

El doctor Ferguson se encontraba examinando a una enfermita, la pequeña Dorothy, y la enfermera Bárbara, escuchando la llamada del altavoz, le advirtió:

—Le llaman, doctor Ferguson.

—Gracias—contestó éste y, poniendo atención a la llamada, dijo:

—¿Doctor Ferguson?... ¿Quirófono, letra B?... Voy en seguida.

Y luego, refiriéndose a la enfermita, dictaminó:

—Que le ponga el doctor Marchelson veinte de insulina.

—Está bien—dijo Bárbara.

—Luego volveré.

Y marchó hacia el quirófono.

Junto a la cama de Dorothy llegó el doctor Cunningham y examinó a la niña.

—El doctor Ferguson ha ordenado que le pongan veinte unidades de insulina—le informó la enfermera Bárbara.

—Póngale cuarenta — ordenó Cunningham.

¿Qué iba a hacer la enfermera sino obedecer? Ferguson no era más que un interno y Cunningham médico en propiedad.



\* \* \*

Shorty, tras de ir con la ambulancia en busca del herido, tuvo que acudir a atender a su mujer, que había llegado desolada al hospital presa de horrible desesperación. Aquella desgracia del compañero de su vida le había impresionado hasta tal punto que estaba como loca y no atendía a las palabras de consuelo y esperanza que todos le prodigaban.

—¡Oh, mi Joe, mi Joe!—decía ella inconsolable.

—Tranquílicese, que no le pasará nada—le repetía Shorty, mientras le preparaba una medicina para calmar su excitación nerviosa.

Ella lloraba desesperadamente y Shorty le decía:

—Tome... bébase eso... Vamos... Y tranquilícese.

Y la enfermera aseveraba:

—Ya se repondrá.

—¡Ay, mi Joe, mi Joe! ¡Yo quiero morir al mismo tiempo que él!

—Usted es quien tiene aspecto de no encontrarse muy bien—le dijo Shorty bromeando a la enfermera. —¿Por qué no se queda en el hospital alguna noche? ¿Quiere que la reconozca?

—No hace falta. Estoy perfectamente.

—Sí... Ya me había dado cuenta.

Otra enfermera dijo a Shorty:

—Doctor Otis: El paciente de la ambulancia que trajo usted...

—¿Qué le pasa?

—Murió en el ascensor.

—Que avisen a su esposa.

Después marchó a la mansión residencial de los internos, donde todo era bullicio.

—¿No hay aquí quién me dé al-



go que comer? ¿Ni una pastilla de chocolate?... ¡Tengo un hambre!

Y Mac, otro interno, le contestó bostezando:

—La bazofia es a las doce.

—Tú lo has dicho—aseveró Pete—. Nos dan bazofia y hacemos vida de bomberos... Sólo nos falta el palo para deslizarnos.

—Sí... Yo os juro—dijo Mac con la más cómica solemnidad levantando su mano—, por Apolo, el físico, por Esculapio, Higia y Panacea... que en el juramento hipocrático nada se habla de nuestra comida... ni de las horas que tendríamos que trabajar... ni de lo que deberían pagarnos...

Todos reían y alborotaban con el buen humor propio de la juventud cuando notaron la presencia del doctor McCabe, y temieron ofender con su alegría su seriedad.

—Dispénsenos, doctor—le dijo Pete—. No fué nuestra intención molestarle.

—No hay de qué, jóvenes. Ahora, que deberían tener ustedes—dijo el viejo doctor con sonrisa bondadosa—un poco más de comprensión... ¡Se ha conseguido tanto desde los días de mi infancia hasta los actuales!... Ustedes lo miran con in-

diferencia... No admiran cómo deben a los grandes sabios que con su tenaz esfuerzo... supieron legarles la anestesia... la esterilización... los rayos X... los adelantos de la cirugía... ¡Y todas son victorias de mi tiempo!... ¡Pasteur... Jenner... Virchow... Metchnikoff... Sir Charles Bell!... ¡Todos colosos!... Pero hoy también hay colosos... Mayo... Hochberg... Sí... Ese es otro coloso... ¡Hochberg!... El director de este hospital.

Poco después de impresionar a los internos el doctor McCabe con su pequeño discurso y proclamar los indiscutibles méritos del director del hospital, el gran Hochberg, cirujano de fama mundial, llegó éste, siendo saludado respetuosamente por todos.

Era un hombre todo naturalidad, que no se daba cuenta del importante papel que desempeñaba en el mundo. Entró hablando de cosas nimias, de infantilidades.

—Buenos días, doctor Hochberg—le dijo el viejo médico.

—Buenos días, doctor McCabe—respondió y continuó su charla:

—Sí... Un pequeño restaurante en donde sirven unos succulentos filetes rebozados acompañados de

unos bocks de cerveza de este tamaño...

—Doctor Hochberg—le interrumpió el doctor Vitale, otro de los médicos de plantilla del hospital.

—¡Pero cerveza!—insistió Hochberg.

—Ayer por la tarde—insistió Vitale—le mandé un enfermo mío a su clínica... ¿Tuvo usted ocasión?...

—¡Ah, sí, sí!—respondió el ilustre cirujano—. Aun no es necesario operar... Intente usted antes la terapéutica... Y téngame al corriente con detalles del curso de su enfermedad.

—Así lo haré. Muy bien, doctor. Gracias.

—Si hiciera falta operaríamos, pero creo que responderá a un tratamiento adecuado.

—¿Pero qué clase de cirujano es usted, Hochberg—interrogó el doctor Gordon—, que no ordena la operación?

—Cuando no es absolutamente preciso—respondió el cirujano—, ¿por qué hemos de exponer al paciente a ese riesgo?... Siempre se está a tiempo de operar.

Luego, volviéndose al doctor Ferguson, le preguntó:

—¿George, y el 2-17?

—Pasó la noche intranquilo, pero ha bajado la temperatura.

—Bueno... ¿Y el número tres de la sección B?

—Bien... Quiso un vaso de whisky.

—Se curará pronto.

—Se curó ya... En cuanto le di el whisky—aseveró Ferguson sonriente, haciendo reír a los demás.

Luego Ferguson, dirigiéndose al doctor Gordon, le dijo:

—Quisiera que volviese a ver al cuatrocientos uno.

—¿Está peor hoy?

—Así lo temo... De todos modos, resiste bien y quizás logre vencer... Es fuerte.

—Ahora mismo iré a verle—dijo Gordon.

—Gracias.

—¡Ah, se me olvidaba!—dijo Hochberg dirigiéndose a Ferguson.

—Mister Hudson vuelve a su casa el jueves.

En la cara del joven interno se retrató la satisfacción y la alegría. Mister Hudson era el padre de su novia, de su adorada Laura, con la que proyectaba contraer próximo enlace.

—¿El jueves?... ¡Pero esto es verdaderamente admirable!... ¡Un

gran noticia!... ¿Lo sabe ya Laura?

—Le avisé esta mañana—le respondió Hochberg, que quería y trataba a Laura como a una hija.

—Debió usted encargarme de hacerlo—le reprochó el novio.

—¡Qué lástima no haber caído! —exclamó Hochberg, rompiendo ambos a reír.

Entretanto, Shorty le decía a Pete:

—¡Escúchame, hombre!...

Y Pete le respondía:

—Te he dicho que no.

—Préstamelo.

—Buenos días, doctor—dijo Pete desentendiéndose de Shorty y saludando a Hochberg.

—Buenos días.

—Buenos días, doctor — dijo Shorty a su vez, mientras le tiraba a Pete de la americana.

—Te repito que no—insistió Pete.

—Gracias.

—De nada.

Y Hochberg se echó a reír. Aquellos muchachos le encantaban con la alegría de su juventud y él los quería a todos entrañablemente y, a pesar del respeto que a todos inspiraba, él era para ellos más un camarada que un jefe.

Pero entre todos ellos, a quien más quería, era a Ferguson, en cuyos méritos como médico había fundado grandes esperanzas.

\* \* \*

Aun reía Hochberg la gracia de Shorty cuando se le acercó a saludarlo el doctor Levine.

—Doctor Hochberg...

—Diga—le contestó éste indife-

rente sin reconocerlo al primer golpe de vista.

Pero en seguida cayó en quién era y exclamó:

—¡Muchacho!



Había sido también interno en aquel hospital y Hochberg había fundado también en él grandes esperanzas, como después en Ferguson, pero Levine se había casado y había tenido que renunciar a sus ensueños de gloria: a su ambición de ser un gran médico.

—¡Querido Levine! — le dijo Hochberg—. No te había conocido.

—Lo creo—respondió el recién llegado.

—Estás muy cambiado... Hace lo menos cinco años, ¿no es cierto?

—Seis.

—¿Seis?

—Sí.

—¡Vaya!... ¡Ya voy siendo viejo!... ¡Cuánto me alegro de verte!

—Yo también me alegro.

—¿Cómo está tu esposa?

—No muy bien.

—¿No?... ¿Pues qué es lo que pasa?

—El pulmón—respondió Levine con inmensa tristeza—. Tiene unas tomas muy seca... Vea sus radiografías.

Y le mostró unas de esas grandes fotografías en las que los rayos X, tras de atravesar el pecho

del enfermo, dejan ver el estado en que se encuentran sus pulmones.

—George — dijo Hochberg llamando por su nombre de pila, como ordinariamente hacía, al doctor Ferguson.

Y ambos se pusieron a examinar las radiografías atentamente.

—Las sombras... del vértice...—manifestó Ferguson vacilante, porque en las radiografías se ve todo muy confuso y es muy arriesgado un diagnóstico.

—Sí, ya lo temía—dijo Levine muy triste.

—Aun no hay motivo para alarmarse—dijo Hochberg—. ¿Examinaste ya los esputos?

—Aquí traigo una muestra... Mi microscopio está inservible... roto.

—Haremos un análisis — dijo Hochberg.

—En seguida — dijo Ferguson.—Deme la muestra. La llevaré al laboratorio.

—Gracias.

—¿Y la enferma?...—interrogó Ferguson.

—Se trata de mi mujer—respondió Levine con la voz impregnada de dolor.

—¡Oh!—exclamó Ferguson.

Hochberg los presentó:

—El doctor Ferguson... El doctor Levine.

—Doctor Levine... ¿Doctorado en la Facultad de Bellvue?—interrogó Ferguson.

—Sí, el año 23—respondió el interpelado.

—El profesor Drury nos habla mucho de usted.

—No me extraña.

—George ha sido — aseveró Hochberg—uno de sus mejores discípulos.

—¿Y también le habrá aconsejado Drury que vaya al extranjero?—preguntó Levine.

—Sí — respondió Ferguson—. Voy a ir a ampliar mis estudios con Von Biselberg, en Viena.

—Y pasará allí su luna de miel —dijo Hochberg.

—No podrá hacer compatibles ambas cosas — aseguró Levine—. Conozco a Biselberg.

—Sí que será muy difícil—dijo Hochberg—. Y eso que tú no conoces a Laura.

—Después de un año en Viena —añadió Ferguson—estaré al lado del doctor Hochberg... ¡Y entonces sí que tendré que trabajar!

—¡Qué suerte!—dijo Levine.

—Bien, Levine — dijo Hochberg recogiendo la radiografías.

—¿Qué?

—Las llevaré al gabinete de Rayos X para que las examinen bien.

—Gracias.

Y se marchó Hochberg con las fotos, consolando Ferguson a Levine.

Y Levine, al despedirse de él, le dijo con palabras impregnadas de fe:

—Recuérdelo bien... Recuerde... Sólo existe uno... Hochberg... Su compañía y su amistad no tienen precio.

—Yo no le abandonaré nunca—le contestó Ferguson.

Y después, despidiéndose de él, le dijo:

—Siéntese y descanse un poco. Yo voy al laboratorio.



\* \* \*

Levine se excusó de sentarse y se marchó, quedando solos los internos con sus incesantes bromas, mientras el altavoz llamaba al doctor Gordon.

—¡Ah, doctor!—le dijo una enfermera a Ferguson—, el whisky ha hecho milagros... el 3 se ha levantado y está de buen humor.

—¡Una nueva terapéutica!—exclamó el joven.

—Lo único que quiero es que me lo prestes—insistió Shorty cerca de Pete.

Y éste, como siempre, siguiendo la broma, respondió secamente:

—No.

—En cambio yo te prestaré esta noche mi novia, la pelirroja.

—Préstasela a éste—le respondió Pete señalándole a Ferguson.

—¡Bah! — dijo Shorty—, está enamorado.

—Todos los enamorados son así —manifestó Pete—, ¿sabes? Sólo les gusta la suya... Yo también estuve enamorado una vez...

Y el altavoz comenzó a llamar al doctor Bradley, que no era otro que Pete.

—Eso es lo que yo admiro en ti, Pete—le dijo Ferguson—, tu romanticismo.

—El doctor Bradley al habla—dijo Pete ante el teléfono—. En seguida subo.

Y luego, contestándole a Ferguson, le dijo:

—Estás en lo cierto al decir que soy un romántico.

—Lo que eres es un indecente —le replicó Shorty.

—Gracias.

—Es justicia.

—¿Vas arriba, Pete? — le preguntó Ferguson.

—Sí, ¿quieres algo?

—Sí, haz el favor de llevar esto al laboratorio y dile a Pinn que lo examine y haga el informe.

—Está bien.

—Gracias.

—Pete—dijo Shorty deteniendo a éste cuando ya se iba a marchar.

—Retiro lo que dije. Nunca he creído que fueras un indecente. ¿Me lo quieres prestar?

—No.

—¡Indecente!

Después de que Pete se hubo marchado, se le acercó a Ferguson otro interno, el doctor Michaelson, y le dijo confidencialmente:

—La niña del 121 Sur...

—¿Qué le pasa?—interrogó vivamente con inquietud el joven.

—Pues que me preocupa tanta insulina.

—¿Por qué? ¿Cuánta le diste?

—Cuarenta.

—Yo le dejé encargado a la enfermera que te dijera que le dices veinte.

—Lo sé.

—¿Y por qué le diste cuarenta?

—interrogó muy serio e incomodado Ferguson.

—Porque Cunningham lo ordenó.

En la cara de Ferguson se retrató la más viva contrariedad. ¡Aquellos médicos viejos que pretendían demostrar su superioridad sobre los internos enmendándoles de continuo la plana! ¡No todos eran como Hochberg! ¡Y sobre todo Cunningham!

—¡La ha expuesto a un shock! —exclamó.

En esto llegó el doctor Gordon.

—George—le dijo a Ferguson—. He visto al enfermo 401, como me encargó usted... Su estado es muy grave... Precisaré otra transfusión.

—El 401—dijo Ferguson—. Ha de ahondarse mucho para encontrar buenas venas.

—Eso es lo que me preocupa—le contestó Gordon—. Si hay que hacerla esta noche, quiero que la haga usted.

—¿Esta noche?... Pero precisamente la tengo libre y, además, tengo un gran compromiso.

—Lo siento, pero si le hace usted falta a la casa...

—Tenga usted en cuenta que la

semana pasada ya me ocurrió un caso parecido.

—Doctor Gordon — interrumpió Michaelson—. ¿No podría hacer yo la transfusión?

—Pues... me temo que no—contestó el doctor—. Las venas subcutáneas están coaguladas... Ferguson lleva desde el principio este caso y sabe cuáles se han utilizado.

—Laidlaw podría hacerla—adujo Ferguson.

—Pues, francamente: no quisiera confiar este caso a nadie más que a usted... Hay que hacer lo imposible por salvar a esa niña... Está grave, Ferguson.

—Me quedaré—contestó éste.

—Gracias.

El altavoz comenzó a llamar al doctor Gordon con su insistencia acostumbrada y éste, antes de acudir a la llamada, le dijo, como consuelo al joven interno:

—Si eso le disgusta a su novia, díglele que vaya a ver a mi esposa. Ella le informará de cuantas veces la hizo levantar el timbre del teléfono a las cuatro de la madrugada... por un simple cólico.

Y, poniéndose en el teléfono, habló:

—Gordon al habla... Sí, subo en seguida.

—Lo siento, George—le dijo a Ferguson el doctor Michaelson—. No te puedo ayudar.

Y, marchándose Gordon, quedaron otra vez solos los internos y Shorty volvió a alborotar el cotarro.

—¡A jurar todos! El acta de Hipócrates... Nuestro código.

Y todos a una, levantando la mano derecha, con solemnidad burlesca, corearon:

—Y juro por Apolo el físico y Esculapio... Higia... y Panacea... y todos los dioses... y todas las diosas... que no hay ningún derecho a que nos fastidien tanto... como nos están fastidiando.

—¡Ah, está de acuerdo!—exclamó Shorty.

Y todos rieron con algarabía.

Aquellos muchachos eran verdaderamente heroicos. En la flor de su juventud trabajaban como negros, incesantemente, agobiados por sus ocupaciones urgentísimas, inaplazables, y su juventud sabía responder con bromas alegres y con carcajadas sonoras a tan fastidiosa situación.

Y reían alegres, olvidados por un



momento de su trágica misión, cuando se presentó la realidad a despertarles.

Una enfermera entró muy alarmada.

—Doctor Ferguson—dijo—. La viuda del obrero herido se ha cortado las venas y se está desangrando.

Ferguson, que era el interno más capacitado, tomó inmediatamente las disposiciones necesarias con la urgencia que el caso requería.

—Llévenla el Quirófono—le dijo a la enfermera.

—Shorty—le dijo a su amigo—, avisa por teléfono al Quirófono para que preparen la operación, advirtiéndole que se trata de venas seccionadas.

—Mac—ordenó a otro interno, —busca un anestesiador.

—Tú, Mike, busca al doctor Hochberg. Estará en Rayos X.

Y, así como pocos momentos antes todo era allí broma y alegría juvenil, con transición brusca, todo fué febril y actividad para tratar de salvar una vida en peligro.

—Quirófono B... Quirófono B... En seguida... Preparen la sala... Venas seccionadas.

Michaelson telefoneaba luego:

—Busque al doctor Hochberg... Caso de urgencia... Que vaya inmediatamente al quirófono B... Búsquelo en Rayos X.

Y el altavoz comenzó a resonar en todo el hospital con su persistencia acostumbrada:

—Doctor Hochberg... Quirófono B... Doctor Hochberg... Quirófono B... Doctor Hochberg... Quirófono B...

\* \* \*

La telefonista, al mismo tiempo que procedía a la transmisión, hacía de portera, atendiendo a cuantos llegaban a la puerta.

Y mientras, telefoneaba:

—Información: Continúa la mejoría... Información: continúa la mejoría...

Llegaron a la puerta un hombre y una mujer.

—¿A quién desean ver? — preguntó la telefonista.

—A la niña Dorothy.

—¿Dorothy qué?

—Dorothy Smith... Yo soy su padre... ¿No me recuerda usted?... Y ésta es mi esposa

Aquella portera telefonista, muy atenta, requirió el teléfono, consultando:

—Los señores Smith desean ver a su hija.

Y, al poco, obtenida respuesta, les dijo:

—Muy bien... Pueden pasar... 1-2-1 Sur.

—Muchas gracias.

Y los padres entraron, ansiosos de ver a su hijita, continuando la telefonista portera su transmisión:

—Información... Continúa la mejoría...

Pero llegó otra visita.

—¿A quién desea usted ver? — le preguntó la portera a aquella joven elegante y guapísima.

—A mister Hudson... Mister John Hudson.

—¿Quién pregunta por él? — interrogó la telefonista distraída.

—Yo—respondió la joven.

—¡Oh, miss Hudson! — exclamó la empleada.

Efectivamente, era Laura, la hija del millonario Hudson, novia del



doctor Ferguson, toda arrogancia y belleza, que acudía a visitar a su padre, apresurándose la portera a telefonar:

—Miss Laura Hudson desea ver a su padre.

Y, obtenida respuesta, manifestó a la visitante:

—Suba usted, miss Hudson. Está en la terraza tomando el sol.

Hudson se encontraba en la terraza tomando el sol y hablando con Hochberg, que le decía:

—Usted se cree que por ser rico puede hacer lo que le dé la gana. Peor para usted. Aunque Whitman sea un gran especialista, médico de millonarios, jamás le podrá poner un corazón de oro... ¿No lo sabía usted?

—¿Qué es lo que ha hecho, Hocky?—preguntó Laura al llegar y oír la regañina, dándole al médico el apelativo cariñoso y familiar que acostumbraba—. ¿Ha fumado otra vez?

—Sí—respondió el médico.

—¿Ah, papá! Habrá que pegarte como a los niños incorregibles—dijo Laura acariciando al anciano.

—Es que no tengo más remedio que pensar en mis asuntos. Ahora

ya estoy bueno—respondió el millonario.

—¡En tus asuntos!—le interpelló su hija—. ¿Para qué te sirve tener tanto dinero?

—Entre otras cosas—repuso el padre con maliciosa sonrisa—para atender a los gastos de tu luna de miel.

—Lo mismo me daría pasarla aquí que en cualquier otra parte con tal de compartirla con George. ¿Sabe usted dónde está?

—En el quirófano—respondió Hochberg—. Está trabajando.

—Hocky, yo quiero verle. Me paso la mar de tiempo sin poder hablar con él.

—Cierto—dijo Hudson, que, como buen hombre de negocios, siempre pensaba en el dinero—. Esclavizáis al pobre muchacho, pero no le dais ni un céntimo.

—Está aquí para aprender, no para ganar.

—¡Ah!

—Y, cuanto más trabaja, más aprende... Cuando esté conmigo, ganará veinte dólares semanales... pero se hará un gran cirujano... El hombre que ahora tengo trabaja de diez y seis a diez y ocho horas diarias.

—¡Atíza!

—Y le doy veinte dólares a la semana.

—No es mal negocio... para usted.

—George es un muchacho de brillante porvenir... Los próximos cinco años serán para él de durísima prueba... En ellos veremos si efec-

tivamente puede llegar a ser un gran hombre.

—Le aseguro que para mí ya es un gran hombre—dijo Laura.

—Para ti sí—le contestó Hochberg.

—¿Quién dice eso? —preguntó Ferguson entrando.

\* \* \*

—¡George!—exclamó Laura loca de alegría corriendo hacia él.

—¡Laura!

—¡Qué alegría, George!

—¿Qué solabrero es ése? — le preguntó su novio contemplando el ridículo y diminuto chirimbolo de moda que llevaba ella sobre la cabeza.

—¿Es que no te gusta?

—Es precioso y estás verdaderamente guapa. ¿No es cierto, doctor?

—Cuando nació — le respondió Hochberg —, parecía un langostino.

—¡Tendré que arañar a ese hombre! — exclamó Laura fingiendo indignación contra el doctor, que la había recibido en sus brazos al venir al mundo.

Y mister Hudson, tras de reír la escena, le dijo a su futuro yerno:

—Oye, George: mi secretario se está cuidando ya de las invitaciones de la boda. Entrégale tu lista...

y que gestione también tu pasaporte.

—Gracias—respondió Ferguson.

Y, dirigiéndose a Laura, exclamó:

—Oye... Casi no puedo creer que lleguemos a casarnos. ¡Me parece un sueño!

—¡Oh, George!

—Dicen que Viena es una ciudad magnífica—añadió Ferguson.

—Lo es, y encantadora—contestó Laura—. Iremos a ver el Prater... Es mejor que Coney Island... lleno de luces... con gentes que ríen y parecen tontos a todas horas... y el ambiente lleno de canciones.

—Estoy ilusionado como un chiquillo pensando en todo eso—aseguró George.

—Cuando visité al doctor Elsel-

berg—terció Hochberg—sus alumnos no hacían más que trabajar... aunque con algún que otro vaso de buena cerveza, claro está... Y ésa será en Viena la vida de George.

—No hagáis caso—intervino el padre de Laura—de lo que os diga ese viejo, y a divertiros, que la juventud es corta.

—Bien—contestó muy serio Hochberg.

—¿Le hago a usted falta ahora? —le preguntó Ferguson al director.

—Claro que sí.

—¡Hocky!—imploró Laura.

—Bueno. Ya le avisaré.

Y los dos jóvenes lograron por fin verse solos, consagrados exclusivamente el uno al otro.

\* \* \*

—Déjame que te mire—le dijo Laura a George—. Tienes mala cara. ¿Estás cansado?

—Sí—le respondió él—. Es que anoche apenas dormí. Tenemos muchos enfermos.



—Trabajas con exceso... Eso me disgusta mucho... La vida no tiene ningún atractivo para mí al no estar a tu lado... y estoy tan pocas veces...

—Ya te desquitarás... y pronto... por toda la vida.

—No es suficiente. Siempre me faltarán los años anteriores... Quisiera haber nacido en tu misma casa y no haberme separado nunca de ti.

—¡Bah! No lo deploras. Mi niñez fué muy triste y amarga... aunque no lo veía porque no estaba ocioso... Pero siempre soñé con ser un gran médico y cuando Hochberg me tomó a su servicio consideré el sacrificio compensado.

—¿Amas mucho tu carrera?

—Sí.

—Mientras tú luchabas para conseguir tu sueño yo sólo era muchacha rica... Mi padre me daba cuanto quería... aunque todo me era indiferente... Cuando tú apareciste... tuve miedo... miedo de perderte... También yo tengo mi carrera... ¡Tú!

—¡Pues abraza tu carrera! —dijo alegremente Ferguson juntándose ambos jóvenes en estrecho

abrazo y ambas bocas en prolongado beso.

Pero dentro de un hospital los ratos de expansión y contento, fugaces como relámpagos, no pueden ser prolongados. El tirano de la casa, el altavoz, comenzó a repetir y a repetir:

—Doctor Ferguson... 121 Sur...  
Doctor Ferguson... 121 Sur...

Oyendo la llamada, Laura suplicó:

—No me dejes.

—Es necesario, Laura. Están llamando.

—¡Qué inoportuno!

Y el altavoz seguía incansable:

—Doctor Ferguson. Doctor Ferguson...

Y Ferguson acudió al teléfono:

—Al habla el doctor Ferguson. Bien... voy en seguida.

—Está bien—dijo Laura en tono algo ofendida—. Vete de mi lado y trabaja. Pero no te olvides de que esta noche es nuestra... Iremos a aquel restaurante donde la orquesta interpreta una música tan bonita... y daremos un largo paseo por el Hudson.

—Laura... He de darte una mala noticia. Pero no te disgustes. Esta noche tengo que quedarme aquí.

—¿Aquí?

—Traté de rehuir el compromiso, pero fué imposible. He de hacer una transfusión.

Laura se puso muy seria diciendo:

—Es que no es esta noche, sino todas. ¿Quieres decirme cuál será nuestra vida?

—Muy feliz.

—¿Crees que podrá serlo?... George, al volver de Viena, cuando regresemos a Nueva York, has de hacer por que vivamos como humanos, ejerciendo la carrera por tu cuenta, con horas fijas de trabajo. Especialízate.

—¿Pero si he de trabajar con Hochberg!

—Por eso lo digo. Le conozco bien. De seguro que no te verá nunca.

—Escucha; siempre ha sido una de mis más grandes ilusiones el poder colaborar con un hombre como Hochberg. ¿Y voy a abandonarla ahora?

—Pero ¿y nuestras vidas? ¿Hay algo más importante que eso?

—Claro que no. Pero este trabajo

umentará su importancia. Sin él serían muy monótonas... y tú perderías tu fe en tu carrera.

Y el altavoz, que había callado desde que George contestó por teléfono, en vista de que no acudía, volvió a llamarlo implacable:

—Doctor Ferguson... 121 Sur...

—Te reclaman—dijo Laura.

—Ya lo oigo—dijo él estrechando sus dos manos y mirándola a los ojos— ¡Te quiero!

—Ya lo sé—respondió ella.

—Doctor Ferguson — insistía el altavoz.

Y Ferguson en el teléfono gritó:

—¡Doctor Ferguson, sí, sí, aquí está! Llamen al doctor Cunningham, que le toca a él.

—George—dijo Laura muy seria y muy triste—, esto no puede continuar así. Sería preferible terminar de una vez.

Pero en el teléfono no se dejaban convencer. Ferguson siguió hablando por el aparato:

—¿Cuándo? ¿Fiebre? ¿Pulso? ¿Que suda y está pálida? ¿Pidió de comer? ¡No, no; nada de insulina! ¡Voy inmediatamente!



\* \* \*

El señor Smith y su esposa se encontraban junto a la cama de la pequeña Dorothy, cuando ésta sufrió un colapso con el natural sobresalto de sus padres, lo que motivó el que la enfermera Bárbara hiciese que el altavoz llamase al Doctor Ferguson.

Por fin, como hemos visto, pudo comunicar con éste, explicarle los síntomas, oírle decir que nada de insulina y saber que iba inmediatamente.

En esto llegó el doctor Cunningham.

—El doctor Ferguson vendrá al momento—le dijo la enfermera.

—¡Oh, doctor, doctor!—exclamó acongojada la madre de la enfermita.

—Calma, señora, calma. No hay que alarmarse. Vamos, ¿qué ha pasado?

—Sufrió un colapso hace unos minutos—le manifestó Bárbara.

—Déme usted el gráfico—pidió el doctor.

Y, mientras Cunningham examinaba el documento clínico, la enfermera insinuó:

—El pulso es débil.

—¡Silencio!—ordenó secamente el médico.

—¡Sálvela usted, doctor, sálvela! — imploraba entre sollozos la señora Smith.

—Vamos, cálmate—le decía su marido.

—Lo siento—dijo Cunningham.

—Tendrán que esperar fuera. Y los obligó a salir con la natural desesperación de la madre que lloraba inconsolable.

—Tranquilízate, Rosa—le decía su marido, que estaba por dentro tan acongojado como ella.

Pero la pobre seguía llorando asustadísima.

—Ya tenemos un shock—dijo Bárbara.

—No se trata de un shock—le contestó Cunningham—, sino de un coma diabético. Prepare insulina... cuarenta con cincuenta gramos de glucosa.

—Un momento, doctor—se atrevió a decir Bárbara—. ¿No está contraindicada la insulina?

—Señorita — le respondió secamente el médico—. Obedezca mis órdenes.

—Sí, doctor.

Pero siguió insistiendo, temerosa por la vida de la niña, mientras preparaba lo más lentamente posible la insulina:

—El cuadro clínico está claro... Palidez... frío... sudor... temperatura baja... se quejaba de hambre y sobrevino el ataque.

—De mis enfermos me cuido yo, joven—le amonestó severamente Cunningham.

Y ya era imposible retardar más la funesta inyección. La jeringuilla estuvo lista en las manos del médico.

—Prepare el brazo—ordenó éste.

Y Bárbara lo desnudó y desinfectó la epidermis, disponiéndose el doctor a pinchar...

¡Y en aquel estado de shock ocasionado precisamente por un exceso de insulina, administrarle más era la muerte para la pobre Dorothy! ¡Su madre, allá fuera, acongojada, lloraba y temblaba con razón!

Pero cuando ya iba Cunningham a pinchar, llegó Ferguson como una tromba y arrebató violentamente la jeringuilla de sus manos arrojándola al suelo.

Y, vertiginosamente, ante la urgencia del caso, procedió a luchar contra la muerte que pretendía arrebatarse una vida.

—Posición de shock.

—Sí, señor—contestó Bárbara.

—¿Hay glucosa estéril?

—Cincuenta gramos—repuso la enfermera.

—Con la mitad basta. ¡Venga un torniquete!

Y, aplicando la rueda a los pies de la cama, comenzó a hacerla girar vigorosamente logrando que el lecho se inclinase convenientemente.

Y mientras así trabajaba corporalmente, gritaba:

—¡Enfermera; oiga, oiga!

—Diga, doctor.

—¡Adrenalina!

—Sí, señor.

—Calíentela en la lámpara.

—Sí, señor.

—¡Le haré a usted comparecer ante la Junta!—le dijo muy indignado Cunningham cuando pudo hacerse oír mientras Bárbara preparaba la inyección.

—¡Haga usted lo que quiera!

—¡Le despedirán del Hospital!

—¡Está bien; pues que me despidan!

—¡Nunca vi cosa igual!

Y se marchó indignadísimo.

—Adrenalina—le dijo Bárbara, presentándole la jeringuilla.

—Prepare el brazo. No hace falta yodo... puede usar alcohol.

Y, por fin, fué puesta la inyección indicada que había de salvar la vida de Dorothy.

—¡Ya está!—exclamó Ferguson.

Y, después, sintiéndose agotado por el exceso de energía desarrollada, se sentó murmurando:

—No se puede hacer más.

El efecto de la adrenalina, si no hubiera sido cosa prevista y sabida de antemano, hubiera parecido milagroso. Pasó el shock y la niña abrió los ojos, diciendo:

—Doctor George.

—¿Qué quieres?

—Tengo mucha sed. Quiero beber agua.

—Te daré a beber una cosa muy rica.

—Siento una cosa muy extraña, doctor. No sé lo que es.

—Yo sí que lo sé, nenita. Bebe.

Y le acercó a los labios un tubo de cristal que sumergía su otro extremo en un vaso.

La enfermita, que creía tener tanta sed, se cansó pronto de beber y Ferguson insistió cariñosamente:

—Vamos. Bebe un poco más... así.

—¿Y mamá?

—Está ahí fuera.

—Quiero ver a mamá.

—Sí, luego vendrá.

—Gracias, doctor George.

—Anda, cierra los ojos y procura dormir.



\* \* \*

Entretanto, al salir el doctor Cunningham de la habitación, se había encontrado con los padres de Dorothy, ansiosos de noticias de la niña.

—¡Oh, doctor! — exclamó el señor Smith.

—No se alarmen ustedes, porque ya no hay motivo. Ya está mucho mejor.

—¡Oh! — exclamó la madre ra-

dante de alegría e incorporándose.

—No entren todavía. Se impresionarían demasiado.

—¡Muchas gracias, doctor!

—¡Muchas gracias, muchas gracias!

Y se marchó Cunningham llevándose el agradecimiento de aquellos padres que creían que había salvado la vida de su hija.

\* \* \*

Cuando ya Dorothy había cerrado los ojos y se había quedado dormida, la enfermera le dijo a Ferguson:

—Hizo usted muy bien en sublevarse contra el doctor Cunningham.

—¡Bah! — contestó Ferguson, quitándole importancia a lo suce-



dido—. Limpie usted todo eso.

Pero cuando Ferguson se inclinaba sobre la enfermita, oyó a su espalda un grito. La enfermera se había desvanecido cayendo sobre los pics de la cama.

Ferguson se volvió a atenderla y cuando, al poco, recobró el conocimiento, le preguntó:

—¿Qué le pasó a usted?

—Es... que se trata de mi primer caso con una niña de esta edad. La he tomado cariño y me ha emocionado mucho verla en peligro por una obcecación.

—Ya... su primer caso. ¿Es usted estudiante?

—Sí, doctor.

—¿Cómo se llama?

—Barbara Dennin.

Sé muy bien lo que usted siente—le dijo luego Ferguson—. Sus nervios se encogen... ¿no es cier-

to?... Desea gritar... Lo mismo me pasa a mí... Déjeme aconsejarle... Váyase usted lejos de aquí esta noche... Trate usted de divertirse lo que pueda... Y olvide el Hospital.

—Es que... he de examinarme mañana de Materia Médica.

—¿De Materia Médica?... Yo tengo unos apuntes que le podrán serle útiles.

—¡Oh!

—Se los daré al ordenanza del primer piso.

—¡Muchas gracias, doctor!—dijo la joven efusivamente.

—Doctor George—llamó la enfermita despertándose un momento.

—Di, rica.

—No se vaya.

—No, no me voy. Estaré aquí.

—Gracias.

—Anda, duerme.



Había llegado la noche y los internos que tenían permiso para salir se disponían a hacerlo con la alegría retonzona propia de la edad.

Y, entre todos los demás alegres y bromistas, únicamente Ferguson estaba serio y pensativo, no sólo porque su carácter era menos frívolo, sino, también, porque sentía hondas preocupaciones, además del disgusto de verse aquella noche privado de salir.

George se preguntaba si no tendría Laura razón y no serían incompatibles sus anhelos de ser un gran médico, de cubrirse de gloria y, sobre todo, de ser útil a la humanidad, con las exigencias del amor que por Laura sentía.

Y, en caso de incompatibilidad, su situación sería horrible, porque ambas cosas las conceptuaba él con sustanciales con su vida: sus ilu-

siones de siempre y aquella mujer amada.

En el caso de aquella noche se acentuaba con toda claridad el problema. Se encontraban en oposición su deseo de pasar la velada con su novia y su deber de atender a la posible salvación de una vida.

El, poniéndose en el caso de Laura, comprendía que desde su punto de vista tenía cierta razón, pero ella no contaba con que si se casaban y se limitaban a gastarse las rentas del padre, su vida, saturada del aburrimiento de no carecer de nada, sería algo desolado.

Hacia, pues, mal en incomodarse tanto y aún sonaban en los oídos de George, haciéndole daño, las palabras pronunciadas por ella mientras él atendía en el teléfono la llamada urgentísima para el caso gravísimo de la niña Dorothy:

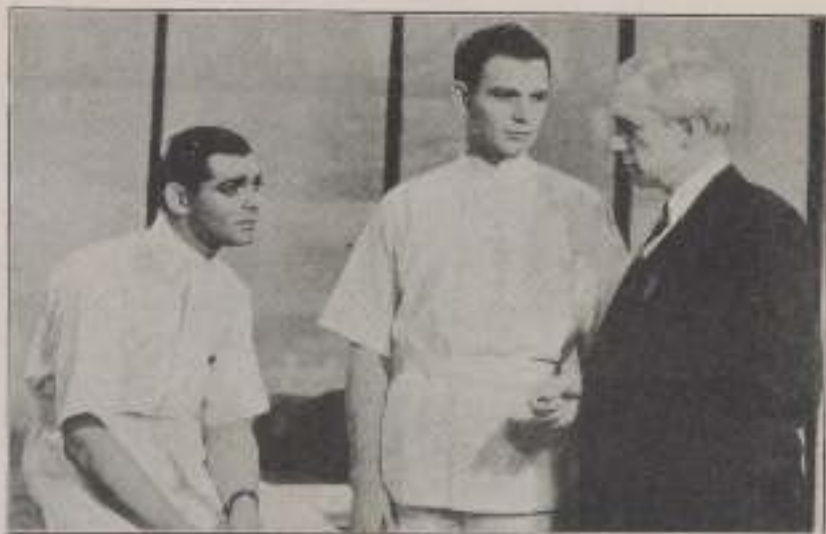
—George: Esto no puede seguir



—Aún no hay motivo para alarmarse—dijo Hochberg.



—Aquí he traído una muestra.



—Me quedaré—contestó Ferguson.



—...y juró por Apolo el físico, Esculapio, Higua y Panacea...



—¡Pasa... alíza tu carrera!



Posición de shock.



—A ver. ¿No hay quien me quiera hacer el amor?



—Trabaja usted mucho, dijo la enfermera.

... y unieron sus bocas con un  
beso apasionado y largo.



—El histari.



... ¡e ¡han entregando los diferentes instrumentos...



—No digas majaderías.





—¿Dormiste anoche?



—¿Te lo ha dicho él?



—Ella desea hablarle.



—Lo sé... Tienes razón... Siempre la habéis tenido.

así. Sería preferible terminar de una vez.

Además de estas preocupaciones, tenía George alborotados los nervios tras del violento esfuerzo que se vió obligado a realizar para combatir el shock de la enfermedad.

Esa horrible excitación nerviosa que sufre el que se está examinando, o el jugador de ajedrez en una partida de campeonato, cuando se tiene conciencia de que el más insignificante detalle puede significar un suspenso o un jaque-mate, la experimentan los médicos cuando pelean, siempre un poco a ciegas, contra una enfermedad que puede ser mortal.

En tales casos, el hombre sereno, domina sus nervios y reconcentra su atención, pero los nervios no son dominados de balde y después reaccionan produciendo una sobreexcitación posterior intensísima.

En dicho estado de ánimo se encontraba Ferguson entre sus compañeros alborotadores y alegres.

—Gracias, Pete—decía Shorty que, por fin, había conseguido que su compañero le prestase el chaleco.

—Espero—decía Pete—, que el chaleco le gustará a tu dama.

—¿Qué duda cabe yendo yo dentro de él?

—¿Vaya cenita que nos han dado! ¡Pescado! ¡Con tal que a tu novia la pelirroja no le guste y no se empeñe en que lo volvamos a cenar!

—¿La pelirroja de Shorty?—preguntó Mac.

—Shorty lo dispuso así: Mi chaleco blanco para él y una entrevista para mí con ella.

—Oye George—interrogó Shorty—. ¿Quieres dejarme una corbata?

—Busca en el cajón de arriba—le contestó Ferguson.

—Gracias—le contestó Shorty con la corbata en la mano—. Ya te cortaré el apéndice de balde... Oye George... ¿Quieres hacerme otro favor?... Nunca he sabido hacerme bien el lacito.

—Tengo sucias las manos. Que te lo haga Mac o Pete.

—Bueno. ¿Quieres un trago?

—No, Shorty, muchas gracias.

—Es una bebida exquisita. Gaseosa, azúcar y alcohol que saqué esta tarde del laboratorio.

Y, mientras todos reían la ocurrencia, Shorty suplicaba:

—A ver. ¿No hay quién me quiera hacer el lazo?

Pero en esto estornudó con estrépito y Pete, alarmado, gritó:

—Cuidado con mi chaleco.

Pero el estornudo no había caído sobre el chaleco de Pete, sino en forma de ducha sobre el pobre Laidlaw, otro interno, que exclamó:

—¡Hombre!

—Toma, sécate, sécate—le dijo Shorty mientras todos reían.

—Me parece, Shorty—dijo Pete—, que pronto te vamos a tener que vestir entre todos los médicos del país.

—¿Qué hay, que no sales?—le preguntó Michaelson a Ferguson.

—Una transfusión al cuatro cero uno—repuso el interpelado.

—¡Ah, ya!

—¿Y crees que eso le hará bien?—preguntó Laidlaw.

—¿Por qué no?—dijo Ferguson.

—Porque ya se ha muerto.

—¿Muerto?... ¿Cuándo?

—Pues hace unos diez minutos...

Ya está, Shorty—añadió después de terminar de hacerle el lazo.

—Gracias.

—No hay de qué.

—¡Pete, Pete! ¡Eres un gran hombre!—decía Shorty disponiéndose a marchar—. Amigos, buena suerte y a divertirse mucho.

Entretanto, al saber que ya podía salir, Ferguson se dirigió muy alegre al teléfono y pidió comunicación con su novia.

—Oye, Laura—le dijo cuando consiguió comunicar con ella—. Al fin podré salir esta noche.

—¿Y te figuras—le contestó ésta—que siempre ha de estar esperando a que se te ocurra avisarme?... He hecho ya otros planes y no puedo ir contigo.

—Laura...

—No seas chiquillo... Me he comprometido... Es inútil que discutamos.

—¡Laura!

Y Laura colgó el auricular.

Llegaron al mismo tiempo a la puerta Shorty y Pete y se encontraron de manos a boca con la pelirroja Mary.

—Heme aquí—le dijo Shorty convertido en un verdadero brazo de mar.

—Mary, usted y yo nos divertiremos mucho esta noche—le dijo Pete.



—Imposible, doctor, lo siento mucho.

—Debe haber un error...—dijo Pete.

—Yo le acompañaría complacida, pero estoy comprometida esta noche con Shorty.

—¡Aaaaaahhhhh!... ¡El may canalla!

—¿Es que Shorty se ha burlado de ti?—preguntó Michaelson.

—Sí... La muchacha y el chaleco.

Mientras Michaelson reía, apareció de nuevo Shorty.

—¡Eh, Shorty!—le llamó Pete.

—Buenas noches, doctor Hochberg—le contestó Shorty riendo y cogiendo del brazo a su novia.

—¡Microbio embustero!—le gritó Pete indignado.

\* \* \*

Ferguson, con una depresión de ánimo indescriptible, no hacía caso de sus compañeros, entregado a sus cavilaciones, cuando vio llegar a Levine.

—Buenas noches, doctor Levine.

—Buenas noches... dispénsame usted.

—Ya, sí, sí, el análisis... Venga usted conmigo al laboratorio... ¿Encontró algo el doctor Hochberg en las radiografías?

—Lo llamaron con urgencia y tuvo que dejarlas para que las viese el radiólogo.

—No será nada.

—Sí... ¡Pobre Catherine!... ¡Si supiera usted!... ¡Cuánto ha sufrido en este tiempo!... ¡Cuánto!... ¡Qué distinto de cuando yo estaba aquí antes de casarme!

—Sí, sí—le interrumpió Ferguson—. El profesor Drury ya me dijo...

—Drury... Drury... — interrumpió Levine—. ¡Hum, hum!... Sí, siempre me acordaré de que decía de mí... "¡Levine, el loco!... Teniendo ocasión de seguir con Hochberg... y de hacerse un hombre... lo dejó todo por una cara bonita!"

Y, diciendo esto, Levine prorumpió en amarga risa.

—Pasemos dentro — dijo Ferguson al coincidir la risa de Levine con la llegada ante la puerta del laboratorio.

—¡Medicina! — exclamó Levine—. ¿Y por qué nos matamos por ella?

—No lo sé... Lo mismo me pregunto — le respondió Ferguson.

—¡Hola, George! — le dijo Finn el encargado del laboratorio.

—¿Está el análisis? — le preguntó Ferguson.

—¿Un análisis para Hochberg?  
¿Lo qué me enviaste con Pete?...  
¿Se trata de unos esputos?

—Sí, eso es.

—Veamos.

Y se puso a rebuscar hasta que encontró el resultado del análisis y lo entregó diciendo:

—Sí, este es.

Y luego, mientras Levine exami-

naba el análisis leyendo en él la sentencia de muerte de su esposa, Finn habló aparte con George.

—Oye, George — le dijo —. ¿Sabes la Simpson, la de los Rayos X?... Estaba en el Fleischer... en la mesa de al lado... ¡Está saculenta!... Llevaba un vestido de sed muy ceñido... ¡y acusaba cada línea curval... ¡Ay qué líneas!

Y Ferguson se dirigió hacia su cuarto sumido en bondas reflexiones.

¿Por qué a Finn, que se pasaba el día observando con el microscopio microbios letales, le interesaban tanto las curvas de la Simpson?

¿Por qué a él mismo, en aquellos momentos de depresión y de crisis, le habían interesado las palabras de Finn y se recreaba recordando la belleza incitante de la operadora de los Rayos X?

¿Qué concomitancias existían entre el sufrimiento, los dolores físicos y la muerte que impregnaban los hospitales y el placer carnal?

¿Había, acaso, algo de verdad en las lúgubres incubraciones del Marqués de Sade?

Y llegó a su cuarto en un esta-

do de postración moral casi completa. A su estado de ánimo anterior sólo le faltaba aquella riña con su novia, el ver al pobre Levine

con la mujer sentenciada a muerte y aquella extraña sobreexcitación al escuchar las palabras de Finn y recordar a la Simpson.

\*\*\*

Tras de llamar a su puerta, entró en el cuarto de George, Bárbara la enfermera.

—¿Qué deseaba?

—¿No se acuerda de lo que me ofreció?

—¿Ah, sí, sí... Los apuntes... ¿De qué asignatura se trata?... ¿Materia Médica?

—Sí, Materia Médica.

—Voy a buscarlos... Deben estar por aquí.

—Siento molestarle.

—No, si aparecerán en seguida.

—No debí haber venido.

—Patología... Historia...—murmuraba George removiendo papeles.

—No creo que me hayan visto entrar.

—Aquí están... Tenga.

—Muchas gracias.

—De nada. Que le sirvan a usted.

Bárbara fué a marcharse y retrocedió dando un pequeño grito.

—¿Le ocurre algo?—le preguntó Ferguson, que estaba vuelto de espaldas.

Bárbara no contestaba.

—¿Qué?—insistió él.

La enfermera continuaba en silencio. Le daba vergüenza contestar.

—¿Algo malo?—insistió George volviéndose hacia ella.

—No, no, no.



—¿Pero qué le pasa?

—La enfermera superior está ahí fuera.

Era natural la vergüenza y el temor de Bárbara. El entrar de noche en el cuarto de un interno podía parecer un acto de impudor. Así lo juzgaría seguramente la gente al enterarse. Y el confesarle a él que no quería que la vieran salir, era ponerse con él en un terreno muy resbaladizo.

Y seguramente, así lo apreció George que sintió exacerbada su sensualidad y no pudo menos que dirigirle una mirada amorosa.

Y, al mirarla en tal estado de ánimo, aunque Bárbara no era ninguna belleza, la hermosó su imaginación y la descó ardientemente.

Por otra parte, aquellos temores y aquellos rubores de Bárbara, demostraban que ella pensaba también en lo mismo. Sin mediar palabra, aquellos dos jóvenes habían entablado, con sus pensamientos, un diálogo amoroso.

Y a Bárbara le gustaba George. Era alto y gallardo, de arrogante apostura y sumamente simpático. Tal vez era esa la principal causa de su turbación sin que ella se diese cuenta de nada.

—¿La ha visto a usted?...

—¿No?... Pues espere a que se vaya... Siéntese usted.

—Gracias — respondió Bárbara continuando de pie.

—No se inquiete — dijo él.

Y siguió luego un silencio embarazoso.

—Trabaja usted mucho — dijo la enfermera.

—Sí... ¿Es que hay algo más que trabajar?... ¡Trabajar!

—Oiga — añadió ella en tono confidencial —, cuando creí que se moría la pequeña Dorothy, sentí algo que no sabría explicar.

—Lo sé — le respondió George —. Conozco eso.

—¿También usted?

—También... Es algo... que nos ahoga... La asfixia de este ambiente de sangre, de dolor y de muerte... Ha fallecido el 401... Está grave la esposa de Levine... Y uno se pregunta si vale la pena todo esto.

Aquellas palabras de Ferguson respondían perfectamente a su estado de ánimo, a su depresión moral. Y se asegura que el corazón humano, tras de haber visto la muerte muy de cerca siente ansias inmensas de vida y la materia se manifiesta imperiosa y avasalladora.



Tal les sucede a los militares después del combate y a los médicos tras de pelear a brazo partido con la muerte.

E indudablemente, lo mismo le ocurría a Bárbara.

Confirmando las palabras de George, la joven añadió:

—¡Sí!... ¡Se encuentra una tan sola!... ¡Tan desamparada!... ¡Y se familiariza una tanto con la muerte!... ¿Quién sabe si hoy o mañana moriré?... Y lo único que importa es vivir el momento presente, este instante actual... Y vivirlo con fuerza.

Y aquel instante era de mutuos y ardientes deseos, como lo decían elocuentemente las miradas, como se lo habían dicho ambos corazo-

nes sin palabras, batiendo al unísono.

Y las circunstancias y el estado de ánimo triunfaron y se aproximaron lentamente, juntando sus labios y uniendo sus bocas con un beso apasionado y largo...

. . . . .

—Perdóname, Bárbara—le dijo luego George— No suponga que...

—¡Ah!... ¡No!... ¡No!—respondió ella.

—Gracias... Voy a subir al pabellón un momento... Ya no hay nadie fuera.

Y se marcharon ambos.

El sin darle al incidente ninguna importancia.

Ella... Seguramente, ella recordaría siempre aquellos momentos.

\* \* \*

En un gran salón y sentados sus miembros alrededor de una mesa inmensa, estaba reunida la Junta del hospital.

La Junta de un hospital ha de atender a numerosos asuntos tan múltiples como incongruentes, pero, entre todos ellos, siempre, en

todos los hospitales del mundo, la cuestión batallona es la de los cuartos.

Porque un hospital es un monstruo insaciable que no se cansa nunca de tragar dinero y, generalmente, se encuentran todos indotados o dotados insuficientemente y obligados a vivir de expedientes y siempre con apuros.

Spencer, el Administrador, leía las aterradoras cifras:

—28.200... 19.300... 33.528...  
Lo que total acusa un déficit de 163.220 dólares.

Y, tras de leer aquel balance, añadió:

—Es absolutamente indispensable tomar una resolución.

Intervino el doctor Gorden manifestando:

—Conforme con tal de que no sea la de hacer más economías. Hemos llegado ya al límite.

—¡Es necesario!—dijo el doctor Wren.

—Ya se han hecho economías en todo — le contestó Gorden—. Enfermeras... Técnicos... personal auxiliar... salarios... alimentos... ¡Hasta el teléfono!... Los internos tienen prohibido el usarlo más de una vez al día.

—¡Absurdas economías!—exclamó el doctor Hochberg.

—A pesar de eso — manifestó Houghton—, mi humilde opinión es que existe excesivo personal en los laboratorios.

Esta opinión, a pesar de su humildad, sacó de quicio a Hochberg que respondió con apasionamiento:

—No, señor... Los laboratorios lo significan todo en el hospital... Cuántos avances ha conseguido la medicina se deben a los laboratorios... ¡Patología!... ¡Química!... ¡Rayos X!... Sin eso tendríamos atadas las manos.

—¿Usted cree que...?—se atrevió a decir tímidamente Houghton. La opinión de aquel sabio de renombre mundial tenía mucho peso.

—¡En absoluto!—contestó Hochberg.

Entonces Spencer habló. Seguramente se trataba de algo que ya conocían todos menos el doctor Hochberg y se trataba de convencerlo.

—Si el doctor Hochberg se aviniese a no impedir el nombramiento propuesto, se habría encontrado la verdadera solución.

—¿De qué se trata?—preguntó el aludido.

—En pocas palabras—respondió Spencer—. Necesitamos, doctor Hochberg, que alguien enjuague nuestro déficit.

—¡Justo!—dijo Hochberg.

—Yo creo—continuó Spencer—, que hemos encontrado a ese alguien... Se trata de un verdadero filántropo... De un hombre generoso... como ha dejado bien patente por su actuación cívica y social... John Hudson...

Hochberg sonrió. Demasiado conocía él a su amigo Hudson y sabía lo difícil que era el sacarle un centavo.

—Creo ue es amigo de usted —terminó diciendo Spencer.

—Sí, muy amigo—dijo Hochberg—, pero no lo había reconocido por esa definición que ha hecho usted de él.

Y, ante estas palabras que encerraban la verdad desnuda en pugna con los eufemismos y la diplomacia de Spencer, éste soltó la carajada y todos sonrieron.

—¡Excelente idea! — continuó Hochberg—. Logren ustedes interesarlo y él pondrá a flote el hospital.

—Esa es mi opinión—dijo Spencer—. Y concurre la circunstancia de que uno de nuestros internos es

el prometido de la hija de Hudson... Y, por lo tanto, yo propongo a esta Junta que ofrezca un puesto en su seno al doctor Ferguson.

—¡Imposible!—saltó Hochberg.

Aquella idea le parecía disparatada. Se trataba de un joven de mucho porvenir, pero sin méritos presentes y resultaría verdaderamente escandaloso concederle un cargo de tanta importancia por el solo mérito de ser novio de la hija de un millonario. Además, sería algo vergonzoso para la misma Junta y, por otra parte, se trataba de aquel muchacho que él quería como a un hijo y de quien deseaba hacer un gran médico.

—Pues si no distinguimos al muchacho—replicó Spencer—, me parece difícil que Hudson se interese.

—¿Y eso puede hacer que Hudson se decida a ayudarnos?—preguntó Hochberg.

—Hudson—explicó Spencer—, quiere que Ferguson se establezca y ejerza por su cuenta.

—Creo—dijo Hochberg—, que pierden ustedes el tiempo, señores. El doctor Ferguson no aceptará ese honor de intercambio.

—¿Cómo puede asegurarlo?

—Conozco al muchacho y sé que



no es capaz de sacrificar su carrera por el vanidoso espejuelo de un éxito fácil... Y como ha de trabajar conmigo no tendría tiempo... Y, además... ¿que no vale la pena discutirlo!

Efectivamente: no valía la pena discutirlo. Era una bonita solución para el hospital y únicamente se trataba de una pugna entre los millones de Hudson y la dignidad profesional de Ferguson que aquéllos intentaban comprar. La dignidad profesional y la dignidad personal.

Hudson quería para su hija un hombre y no un sabio, aunque tuviese, sí, barniz de sabio. ¿Lograrían sus millones comprar a aquel muchacho? Ya lo conocemos bastante para ponerlo en duda, pero es que, aparte de los millones del padre, concurrían los encantos de la hija y el ardiente amor que le profesaba George. Este era el drama del joven interno. Este es el drama de todo médico joven que se enamora de una mujer al mismo tiempo que de su profesión.

Y continuó la sesión de la Junta.

\* \* \*

Los salones del millonario Hudson estaban espléndidos y llenos de una distinguida concurrencia toda pendiente de la deliciosa figura de Laura vestida de novia por la mejor modista de Nueva York, y de la gallardía de George vestido de rigurosa etiqueta. Junto a ellos se encontraba un cura.

—Te encuentro nerviosa — dijo George—. Esto se va complicando.

El cura se sonrió y dijo:

—Sí, necesita que la vea un doctor. ¿Dónde está el padrino?

—No pudo venir — respondió Ferguson.

—Ya le explicará usted lo que tiene que hacer.



—Muy bien.

—¿Y la niña encargada de las flores? — siguió preguntando el cura.

Y surgió como por encanto una encantadora niña con un cesto de flores, provocando risas generales al decir muy seria y poseída de su papel:

—Aquí está.

—Ven aquí, rica — le dijo el cura colocándola en su sitio.

Y luego continuó dando sus instrucciones:

—Al final de la ceremonia, los novios abrirán la marcha y todos los concurrentes seguirán detrás de ellos.

¿Qué ocurría? ¿Era que se casaban Laura y George? No. Era, sencillamente, un ensayo de la boda.

Pero era que la boda debía celebrarse muy pronto. En la pugna entablada en el corazón del Doctor Ferguson entre el amor a su profesión y el amor a su novia, había vencido circunstancialmente éste último.

Y, terminado el ensayo realizado con tanta propiedad como pompa, Laura manifestó:

—Bueno, queridos amigos: Es-

to ha terminado... Los nuevos esposos quieren estar a solas... Ahora ya ni cloroformizándolo lograrán llevárselo otra vez al hospital.

Y una muchacha pizpireta del cortejo le dijo:

—Si pasado el tiempo cambias de opinión, Laura, no dejes de avisarme.

—Desde ahora — dijo Laura— seré su único anestésico.

—No lo dudo—manifestó George—. Ya me ha hecho perder el sentido.

—¡Adiós, George! ¡Adiós, Laura!... — dijeron muchas veces.

Y las dos hojas de la puerta se cerraron aislando de la concurrencia a la feliz pareja.

—¡Qué dichoso soy! — dijo ella.

—¡Y yo! — dijo él acariciando sus manos.

—Pero me pareces algo preocupado—insinuó Laura.

—Sí, por abandonar a Hochberg... Quizá... Yo creo que...

—¡Calla!... No hablemos ahora de él.

—Como quieras.

—Nadie nos separará.

—No, amor mío.

Se trataba de que los planes del millonario Hudson habían conse-

guido conquistar la aduiescencia del Doctor Ferguson, gracias al amor que éste profesaba a Laura, y estaba decidido que éste aceptase, al regresar de Viena, el cargo de miembro de la Junta del Hospital, estableciéndose a trabajar por su cuenta gracias al prestigio que le daría dicho cargo y renunciando a trabajar con Hochberg.

Así se lo hacía saber a éste el Administrador Spencer en una conversación de la Junta celebrada mientras se celebraba el ensayo de la ceremonia nupcial.

—Le confesaré, doctor Hochberg — decía Spencer —, que anoche cené con la familia Hudson y hablé con el Doctor Ferguson de su nombramiento que parecía estar encantado de tal distinción.

—¿Lo dijo él mismo? — preguntó muy extrañado el médico.

—Sí, señor, él mismo — respondió Spencer, añadiendo:

—¿Y por qué no, si es una gran ocasión para él?

—¿Nada más, señores? — preguntó Hochberg.

—¿Aprueba usted, como Director del Hospital dicho nombramiento?

Y el doctor Hochberg respondió con la mayor energía:

—¡No!

Llegó el Doctor Michaelson sumamente alarmado diciéndole al Director:

—Doctor Hochberg: El número 341 no ha recobrado aún el sentido y tiene algo extraño en la mandíbula inferior. Algo rígido... desencajado... Yo temo que sea tétanos.

—No. Todavía, no... De todos modos, le habrá usted dado antitoxina.

—No... No se la di.

—¿Cómo?... ¿Ignora usted que la Y. A. T. se aplica siempre sistemáticamente en este hospital?

—Lo sé, Doctor, pero... verá usted... temí que se la hubiese ya dado el Doctor Ferguson... No me dijo nada.

—¿Cómo?... Sabió a las doce, ¿no es eso?

—Sí, Doctor.

—Inyéctele antitoxina.

—Sí, Doctor — dijo Michaelson marchándose inmediatamente a cumplir sus órdenes.

Hochberg cogió el teléfono y llamó:

—Atwatet 9032.

\* \* \*

La llamada telefónica de Hochberg era a casa de Hudson en demanda de Ferguson.

Este, entregado en cuerpo y alma al amor de su Laura, se encontraba al lado de ésta olvidado de todo.

—Límpiate los labios — le decía ésta—. Parece que has comido mermelada.

—Sí que la he comido.

—¿A qué sabía?

—A gloria.

Se presentó el mayordomo diciendo:

—El doctor Hochberg dice por teléfono que le urge ver al Doctor Ferguson en el hospital.

—Ya me lo temía—dijo Laura.

—Tengo que irme. Es ya tarde—dijo él.

—Yo iré contigo—añadió ella—. No conseguiré separarme de ti.

—Claro que no—aseveró él.

Y marcharon al Hospital entrando juntos en el despacho del Director.

—Hola, Hocky—dijo Laura saludando al entrar a su viejo amigo.

—¡Hola, Laura! — respondió George.

—Faltas del hospital desde las doce—le reprochó severamente el Director.

—Dejé a Michaelson substituyéndome — se excusó el joven.

—¿Y le dejaste instrucciones?

—Pues...

—¿Le dijiste algo de la antitoxina del 341?

—No... No se lo dije... Quería decírselo y se me olvidó.

—¡Bravo!... ¿Crees que es un caso para olvidarlo?



—Toda la culpa es mía, Hocky  
—dijo Laura—. Yo me lo llevé.

—Ferguson no puede abandonar la casa... Tenemos muchos enfermos graves... ¿Se entera usted, Doctor Ferguson?

—Sí, doctor.

—Pero, Hocky—dijo la joven—Fué una niñería... disculpable. Hicimos el ensayo de nuestra boda.

—¿El ensayo de vuestra boda? ¡Magnífico!... Y entretanto, arriba, en el 341 hay un hombre hecho pedazos... ¡Ese sí que no necesitará ensayos si le sobreviene el tétanos! ¿Tú sabes lo que es el tétanos?... Escucha... Es la muerte... tras de horrible agonía.

—Hocky, deploro lo ocurrido—dijo Laura.

—A George — le contestó Hochberg—no le quedan más que unos días que estar en esta casa... ¿Consentirás que manche ahora su historial?

Largo Hochberg tocó el punto más interesante:

—George—dijo—: Hoy me han dicho una cosa a la que no puedo dar crédito. ¿Anhelas aún descolgar en la medicina?

—Es claro.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Tú amas a George, Laura, no es cierto?

—Ya sabes que sí.

—Y tú querrás ayudarle... pero no le ayudas en nada... El nombramiento que te han ofrecido es aún prematuro.

—Después de un año en Viena creo que...

—¿Un año?

—Sé que no es una empresa fácil... Trabajaré con todo entusiasmo.

—Después de unos diez años... Acaso...

El doctor Hochberg estimaba demasiado a Ferguson para consentir que fuera un nuevo Levine y el matrimonio malograrse en él un gran médico. Y daba hábilmente la batalla contra los planes de Hudson, procurando no herir susceptibilidades.

—No veo — dijo Laura — por qué ha de perjudicarle el nombramiento.

—¡Hay tantas cosas que tú no ves, Laura!

—Si ejerce — insistió ella—tendremos, al menos, algún tiempo para nosotros.

Y éste era el punto cumbre de la



discusión. Ejercer sin seguir trabajando, estudiando, era renunciar a ser el gran médico que podía llegar a ser. Y Hochberg planteó claramente la cuestión.

—¿Tiempo?... ¿Cómo?... Tiene tan solo veinticuatro horas el día... Y si ha de trabajar conmigo será... Es decir... ¿Vas a trabajar conmigo?

¿Cómo contestarle con un no a aquel hombre tan querido y respetado? El trabajar con él era una honra ambicionada por muchos, a la que no se podía renunciar fácil-

mente. Laura quiso responder por él.

—Nos queremos... Somos jóvenes... ambicionamos... en la vida hay algo más que...

—Lo sé, Laura... Se trata de vuestras vidas y usáis de un perfecto derecho al decidir su destino, aunque me dé pena que proyectéis hacerlas estériles.

Y, sin darse por vencido, el doctor Hochberg cortó la discusión diciéndole al joven interno:

—Ponte la ropa de trabajo. Tenemos que hacer una operación.

\*\*\*

—Se trata —añadió el doctor— de una enfermera de la casa que hay que operar... Bárbara Dennin. ¿La recuerdas?

—¡Pobre!... ¡Tan simpática como es!... ¿Qué tiene?

—Peritonitis.

—¿Cómo fué?... ¿Perforación del apéndice?

—No, algo más grave.

—¿Es acaso de algo que proviene...?

—De algo poco explicable en

una mujer soltera... Ve a vestirse la ropa.

Aquella noticia desconcertó completamente a George y llenó de confusión su espíritu. ¿De manera que aquel momento de obcecación había tenido para aquella pobre muchacha las fatales consecuencias de ocasionarle un embarazo que la llevaba ahora a la mesa de operaciones con gravísimo peligro de perder la vida? ¿Y era él el causante del daño? ¿El que amaba a su Laura con apasionamiento y que, sin embargo, había podido olvidarlo aquella noche por un cúmulo fatal de circunstancias?

—Ve a vestirse la ropa—le dijo Hochberg.

—Sí, doctor.

—Primero vas a ver al 341 y luego nos encontraremos en el quirófano B.

—Sí, doctor.

Y Ferguson fué a vestirse turbadísimo, aunque sin perder la serenidad ni el dominio de sí mismo.

A solas Hochberg con Laura, volvió de nuevo a la carga.

—Laura, merecías que te pegara... ¿Es que no comprendes lo que significa su trabajo?

—Pues claro que sí—contestó ella.

—No... Lo he comprendido. Si tú supieras lo que significa su trabajo no pretenderías malograr el gran cirujano que pueda llegar a ser. ¿No te gustaría verle trabajar?

—Sí... ¿Por qué no?

—Ven conmigo—le dijo.

Y, saliendo de su despacho, se dirigió a una enfermera.

—Enfermera.

—Mande, doctor.

—Lleve arriba a la señorita... Que le den un uniforme y que esté en el quirófano B... dentro de veinte minutos.

Entretanto, la pobre Bárbara deliraba presa de alta fiebre, asistida por Mary, otra enfermera íntima amiga suya.

—Cálmate... cálmate — le decía Mary.

—Mary... Mary...

—Sí, estoy aquí, cálmate

—¿Y George?

—Vendrá en seguida. Procura dormirte.

Cuando se hubo tranquilizado un poco, salió de la habitación y al poco llegó el doctor Hochberg que

pidió un inyectable y entró a ver a la enferma.

E, instantes después, llegó Ferguson anhelante de saber.

—¿Cómo está? — le preguntó a Mary—. ¿Qué fiebre tiene?

—Cuarenta y uno, una. Ha delirado mucho llamándolo a usted.

—¿A mí?

—Sí, a usted—le contestó Mary en tono que daba a entender que estaba enterada de todo.

—¡Oh! — exclamó George con desolación dirigiéndose a ver a la enferma.

—Espere — le dijo Mary—. No entre ahora. Está ahí el doctor Hochberg... Ahora está tranquila pero si le ve a usted quizá comience a hablar de nuevo... No creo que eso le agrade.

—¿Pero por qué no me lo dijo a mí?... Debí saberlo el primero... ¿Por qué razón me lo ocultó?

—Fué mía la culpa... Yo le dije que estaba usted enamorado de otra y que iba a casarse... Que debía olvidarle.

En esto salió el doctor Hochberg y ordenó a la enfermera:

—Que preparen el quirófano B. Histerotomía.

—Sí, doctor.

—¿Es amiga suya esa joven?

—Sí, señor.

—Bien... Pues avise usted a su familia.

—No tiene ninguna.

—¿Y el hombre que...? ¿No se ha enterado de lo que sucede?

—Creo que sí.

—¿Quién es él?

—No lo sé.

¿Qué sucedía entretanto en el alma de Ferguson? ¿Qué ideas encontradas se atropellaban en aquel cerebro? ¿Qué emociones intensísimas embargaban su corazón? Pronto iba a intervenir en la operación de aquella desdichada, y no experimentaría solamente la angustia acostumbrada de la pelea a brazo partido con la muerte, disputándole una vida, sino algo infinitamente mayor, por tratarse de un peso horrible que gravitaba sobre su conciencia.

Pero no había perdido su serenidad, ni la perdería en el momento supremo. Estaba acostumbrado a soportar las mayores emociones dominando sus nervios, aunque éstos quedasen luego en un estado



semejante al que ocasionó aquella noche el mal de entonces.

No había perdido su serenidad y contestó cumplidamente a las preguntas de Hochberg.

—¿Viste al 34?— le preguntó éste.

—Sí, doctor. Está sin sentido.

—¿Qué era lo de la mandíbula?

—Simplemente dislocada... Se la volví a encajar... No hay síntomas de lesión interna.

—¿Y lesiones visibles?

—Fractura probable de la tibia. Le haré una radio.

—¿Dolor?

—En general, poco.

—¿Le diste morfina?

—No, doctor.

—¿Por qué no?

—Tratándose de un accidente, se expone uno a que la ausencia de dolor disimule y oculte lesiones internas.

—Muy bien, George.

Llegó la camilla para transportar a la paciente.

—¿Abajo? — preguntó el ordenanza.

—No, al quirófano—le contestó Ferguson.

\* \* \*

Ferguson fué a prepararse para la operación, a vestir la blusa recién esterilizada, a ponerse la mascarilla, a humedecerla de agua.

En los lavabos estaban Shorty y Pete, sosteniendo su eterna disputa.

—¿Me has comprado ya el chaleco, Shorty?

—No he tenido tiempo, Pete.

—Hace tres meses que perdiste el mío y, desde entonces, has comprado tres pagas.



—He tenido que pagar mi impuesto de utilidades.

—No debieras haberlo perdido.

—Ya te he dicho que no lo perdí, que me lo robaron.

El buen humor de los dos internos queda patente al hablar Pete

de tres pagas, cuando los internos trabajan de balde, y al contestarle Shorty con lo del impuesto de utilidades, pero el colmo de la ocurrencia es suponer que le puedan robar a uno el chaleco, como se roba una cartera.



Entretanto, Laura había sido conducida por la enfermera al vestuario, y dicha enfermera le dijo a la encargada:

—Miss Bance, dice el doctor que se le dé una bata esterilizada a esta señorita.

—Tenga la bondad — le dijo miss Bance a Laura, acercándosele con un blusón blanco.

Y como Laura alargase las manos para cogerlo, miss Bance, alarmada, le dijo con tono de espanto:

—¡No lo toque!

—¡Qué camisas más arrugadas! — exclamó Laura—. ¿No es cierto?

—No se planchan nunca, porque perderían la esterilización.

—¡Ah, ya! Es cierto.

En tan extraña indumentaria fué conducida al quirófano, y el doctor Hochberg se la presentó a Ferguson diciéndole:

—Tenemos un huésped.

—¡Hola!

—¿Qué tal estoy con este traje?

—Encantadora — le respondió Hochberg.

—¿Y a ti, te gusto?—le preguntó a su novio.

—Sí, mucho.

—Puedes mirar todo esto — le dijo Hochberg —, pero sin estorbarnos... No toques nada, eh?... Ponte las manos en la espalda.

Entraron a Bárbara en la camilla.

Y la enferma vió a George y experimentó, en medio de la inconsciencia propia de su estado febril una íntima satisfacción inmensa.

Porque la pobre, desde aquella noche, amaba al doctor Ferguson con apasionamiento.

Y lo amaba hasta el punto de sacrificarse por él al saber que amaba a otra, con quien iba a casarse, ocultando su amor y ocultando su fruto, que le había ocasionado aquella grave enfermedad.

Así es que desde que llegó al hospital soñaba con volverlo a ver y mezclaba su nombre en sus delirios y, cuando lo vió en el quirófano, se sintió feliz.

Ferguson vió también con emoción profunda, a aquella mujer que se le había entregado en una noche de depresión anímica con la mayor naturalidad y que luego, lle-

vando en sus entrañas el fruto de aquella aventura que debiera unirlos indisolublemente, había tenido la abnegación de ocultarlo para que él pudiera ser feliz con otra.

Y eso que ignoraba él el inmenso valor de aquel sacrificio, al ignorar la inmensa ternura del amor de Bárbara.

—Doctor George — dijo con débil voz la enferma.

—¿Qué, Bárbara?

—¿Qué van a hacerme?

—No hay nada que temer.

—¿Estará cerca de mí?

—Sí.

—¡Pobrecilla! — exclamó Laura—. No tener en este mundo nadie que la consuele...

—No—exclamó Ferguson.

Y Laura alargó la mano, sin darse cuenta de ello, tocando a su novio.

—¿No sabías que no podías tocarme? Has destruído la esterilización... ¡Enfermera!... ¡Otra bata! ¡Pronto!

La enfermera se apresuró a proporcionarle otra bata aséptica.

—Miss Hudson, la mascarilla—gritó el doctor Hochberg.

Y cubrieron con una mascarilla

la parte inferior del rostro de la joven, de manera que respirase a través de sus gasas, encargadas de detener cualquier elemento patógeno que pudiese aspirar.

—Ponte aquí — le dijo luego, colocándola en sitio desde donde pudiese verlo todo sin servir de estorbo. Laura contemplaba todo aquello llena de sorpresa, al mismo tiempo que algo atemorizada. No había sospechado ella nunca que se tomaran tantas precauciones, que se extremasen tanto las cosas.

La figura de Hochberg, el gran cirujano de fama mundial, resplandecía allí como en su monte Tabor. Y la figura de George, su discípulo predilecto, cubraba alto realce ante los ojos de su novia.

Ya estaba todo listo para proceder a la operación, cuando pasó algo nimio e insignificante que había de tener enorme trascendencia. La enferma, Bárbara, pronunció, en su delirio, unas palabras tenues de resignación, que, aunque pronunciadas en voz muy queda, llegaron claras y precisas a los oídos de Laura. La enferma pronunció:

—George... querido George... te he amado... El resto no importa.

Y aquella revelación, en tales circunstancias, produjo en Laura una turbación inmensa. Fué como un mazazo en la cabeza que la dejó aturdida. Su vista se nubló y vió como entre brumas, oyendo las palabras como si viniesen de muy lejos, cuando sucedía en el quirófano, hasta que perdió el sentido y rodó a tierra.

—¿Está ya, doctor Wren?—preguntó Hochberg.

—Ya está, doctor.

—¿Está ya, doctor Ferguson?

—Ya está.

—El bisturí.

Y fué realizada la difícil operación, con los movimientos de las manos justos, indispensables, precisos, por aquel gran cirujano y sus dos ayudantes, que le iban entregando los diferentes instrumentos sin tener él que pedirlos.

Rodó por tierra Laura, y una enfermera, notándolo y creyendo, por su traje, que se trataba de una compañera, murmuró al oído de la que tenía al lado:

—Mira, una enfermera desmayada.

—Será estudiante.

—¡Claro!



Las señoritas que estudian medicina y practican como enfermeras en los hospitales, no están avezadas al horror de las operaciones quirúrgicas, como las profesionales, y son miradas con desprecio por éstas.

—Posición Tradelcnberg — dijo

el doctor Hochberg terminando de operar.

Había terminado la operación y comenzaba una tragedia, cuyos personajes eran Laura, Bárbara y George.

\* \* \*

El día siguiente por la mañana se encontraban Hochberg y Ferguson en un cafetín cercano al hospital desayunándose.

—¡Ah, qué cerveza! — decía Hochberg—... Se come aquí mucho mejor que en el hospital... ¿Eh, George?... Hay que huir de allí alguna vez... He sabido que has velado a Bárbara Dennin toda la noche... Eso me gusta... ¿Le ha bajado la fiebre, no es cierto?

—Sí.

—¿Cómo estaba el 341?

—Doctor Hochberg; Tengo algo que decirle a usted.

—Ya lo sé... ¡Anda, bebel... ¡Qué cerveza!

—Cuando se cure me casaré con ella.

—No digas majaderías... Eso sería insensatez... ¿Qué harás con Laura?

—¡Oh!... Le estuve telefoneando ayer todo el día hora tras hora y ni se molestó en responder.

—Es raro, en efecto... No obstante, eso no sería lo peor que te podía ocurrir... ¡Entrégate al traba-



jo!... Esa es la palabra más sublime... ¡Trabajo!

—Doctor Hochberg: por lo visto usted ignora la situación de Bárbara.

—La sé.

—No la confunda usted con otras mujeres... Es una criatura sensible y delicada... No tendrá en la vida ningún apoyo moral si yo no... En fin... Me casaré con ella.

—Bueno — le contestó Hochberg —. ¿Tienes muchos ahorros?

—¿De dónde ahorrar?

—Entonces, ¿cómo la vas a mantener?

—Ejerceré mi carrera.

—¿Recuerdas a Levine?... Recibí una carta de él desde Colorado... Quiere hacerse clientela... ¡Perece de hambre!... Y me pide prestados veinte dólares.

Efectivamente, parece ser que en algunos países, sea por existir exceso de médicos, sea por la complejidad de aquella vida, los médicos solamente logran abrirse camino tras de adquirir cierto renombre tras de largo trabajo en una clínica.

Luego Hochberg insistió:

—¿Quieres aún trabajar a mi lado?... Puedes hacerlo.

—Repito que voy a ejercer.

—En ese caso hemos terminado para siempre tú y yo.

—Como usted decida.

—Te morirás de hambre.

—¿Para qué vale una carrera si no le proporciona a uno el pan después de más de diez años de estudios?... Si no logro triunfar ejerciendo la medicina, buscaré otra profesión menos ingrata... No me moriré de hambre... sabré defenderme.

—¡Laura!—exclamó Hochberg al ver entrar a la joven.

La anterior conversación interrumpida por la llegada de la joven nos pinta bien claramente el estado de ánimo del doctor Ferguson.

El comprendía que Bárbara era una muchacha buena, pura y delicada, que cayó entre sus brazos aquella noche, como él mismo, arrastrada por un cúmulo fatal de circunstancias. Y, con el embarazo, aquella aventura frívola había adquirido para ella capital importancia.

Era una pobre niña sola en el mundo y sin ningún amparo, a la que debía agradecer él el desinterés con que se sacrificó. Y George,

amando siempre fervorosamente a Laura, pensaba que era para él un sagrado deber moral el casarse con Bárbara una vez restablecida, aunque para ello tuviese que renunciar a su carrera.

—Hocky — dijo Laura acercándose a la mesa del doctor—. Me dijeron en el hospital que podía encontrarte aquí... Me embarco esta noche en el "Olimpie", pero antes quisiera hablar a solas contigo.

Dijo esto sin hacer caso de George, pero refiriéndose a él y éste exclamó:

—¡Laura!

Pero ella ni le contestó ni le hizo caso y él añadió dirigiéndose al doctor:

—Me hallará en el hospital, doctor Hochberg.

Y se marchó dejando solos al doctor y a su novia.

\*\*\*

—Siéntate, Laura — le dijo el doctor.

—Bien conseguiste impresionarme ayer en el quirófano.

—Más de lo que yo pretendía... Perdóname.

—Es mejor que lo haya sabido ahora.

—¿No te sientas, mujer?... ¿Dormiste anoche?

—¿Por qué no había de dormir? —dijo ella sentándose.

Pero luego reaccionó exclamando:

—¿Para qué mentir?... No, Hocky, no he dormido nada...

Hochberg le ofreció un cigarrillo que ella aceptó, diciendo:

—Gracias.

Después le habló confidencial:

—He sufrido una desilusión muy amarga.

—Sí... ¡Claro!... Es natural.

—Fué una acción indigna... usted lo sabe

—No sé nada... Quizás un poco del cuerpo humano... Y jamás hallé hombre o mujer que, aunque sólo fuera un instante, no cediese a sus impulsos.

—Esclavo de su trabajo, no se ocupaba de mí... y era que... Es muy triste... Triste y humillante.

—Lo sé... Lo sé—dijo Hochberg y llamó:

—¡Mozo!

Luego, dirigiéndose a Laura, le preguntó:

—¿Vienes conmigo?... Hablaremos en el coche.

—Muy bien—contestó Laura.

—Gracias—dijo el camarero recibiendo la propina.

En el coche reanudaron la conversación y el doctor le dió la noticia de que George pretendía casarse con Bárbara.

—Te aseguro que me es indiferente—respondió Laura.

—Muy bien... Es decir, que te es absolutamente indiferente el que George pretenda destrozar su vida... Se casará con ella.

—¿Te lo ha dicho él?

—Sí... Sufrirá todo género de privaciones... Dejará sus estudios primero y, después, probablemente, su profesión.

Cuando le decía esto el doctor a Laura, se encontraban ya en el despacho de éste, y el altavoz comenzó a llamarlo:

—Doctor Hochberg... 501... Oeste.

—Laura, siéntate—dijo éste.

Y acudió al teléfono, habló:

—A q u i Hochberg... Prepare adrenalina... aguja larga... Pronto.

—Espérame, Laura.

Y salió dejándola sola.

Y Ferguson que se había dado cuenta de que ella se encontraba sola en el despacho del director, entró:

—¡Laura!—dijo.

—¿Qué?—respondió ella desahrida.

—No quiero que te vayas con esa impresión.

—¿Y a ti qué puede importarte eso?

—Me importa más de lo que tú crees.

—¿Tú la quieres, George?

—Yo te quiero a ti, Laura.

—Ya lo has demostrado.



—No me importa que lo creas o no... Yo sé que es cierto y eso me basta.

—Pero entonces... ¿No comprendes que es imposible que yo crea lo que dices? ¿Cómo es compatible ese cariño con aquella acción?

—Yo tampoco me lo explicó... Todo fué tan complejo... No sé...

—Sea como fuere, si realmente me querías, debías haberte confiado a mí... Los convencionalismos sociales no me asustan... Pero no es eso, George... No lo hiciste porque no me quieres... Esa es la verdad.

—Aquella noche yo te quería como te he querido siempre... Pero reñimos... No quisiste salir conmigo...

—¿Fué aquella noche?

—Me hallaba ante el dilema de decidir entre mi deber y tú... Y hube de escoger...

—A ella... Y ahora te casarás con una mujer a quien no amas... ¿Dejarás que un incidente casual

destruya tu felicidad y tu porvenir?

—Ahora, fatalmente, ya no es un incidente casual.

—Está bien... Sigue... Es un gesto soberbio... Cástate.

—Debo hacerlo.

—Así triunfará la mentira... Lo haces por lo que pueda decir el mundo... Eso es una cobardía... No tienes carácter.

—Sí; demostré no tener carácter cuando cedí a tus insinuaciones para dejar a Hochberg, para aceptar aquel nombramiento... Pero no me importa lo que pueda pensar la gente de ninguna de mis acciones. Me casaré para salvarla por todos los medios... Para restablecer con mi esfuerzo una pobre vida en peligro.

En esto entró el doctor Hochberg y ordenó:

—George, ve a ver al 341.

—Sí, doctor—dijo Ferguson, y salió dejando solos a Laura y a Hochberg.



\* \* \*

—Me temo mucho— le dijo el doctor a Laura—que la muerte lo solucione todo... Todo se ha intentado en vano... No he querido decirselo a George.

—¿Sufre ella? —preguntó Laura.

—Se ha evitado. ¿Puedes soportar otro golpe, Laura?

—Creo que ya puedo resistirlo todo.

—Ven conmigo. Ella desea hablarte.

Y Hochberg condujo a Laura junto a la cama de Bárbara.

—Miss Hudson — dijo ésta con voz desfalleciente.

—¿Qué?

—Pedí verla un instante... No quería dejar... usted ya sabe...

—Sí.

—¡Por Dios, por Dios, no me odie!

—No.

—Oigame... Por última vez... George... no ha sido culpable... Todo aquella noche... todo... infundía miedo... Todo.. estaba muerto. El no es culpable... La vida... luchaba por revelarse... Ahora... él será un gran médico... Quisiera verlo... por última vez.

Ante la puerta del cuarto de la enferma, el doctor Hochberg detuvo a George y le dió la noticia:

—Ya nada se puede intentar... ¡Nada!

Era aquél un golpe horrible para Ferguson. Su conciencia le decía que era él quien había ocasionado aquella muerte. Y, rebelde, exclamó:

—¿Entonces, para qué estudiamos? ¿Qué sacrificio es el nuestro? ¿Dónde están esas conquistas de la ciencia? ¡Andamos a tientas!

—No hay un solo médico — le contestó Hochberg — que no se haya rebelado como tú en un momento de arrebató... ¡Ni uno solo, George!... Tienes razón... Tanteamos... deducimos... pero nuestras deducciones son hoy mucho más acertadas que hace veinte años... Y dentro de veinte, aun lo serán más que hoy...

Salió Laura diciendo:

—¡Hocky!... Quiere ver a George... Hocky, ¿no hay ningún remedio?

—No, Laura... Es gangrena. No hay solución... Con cuarenta años de práctica no sé cómo salvarla.

Entraron los tres en el cuarto de Bárbara, y ésta, al ver a George, sintió un alivio infinito. Se moría, se moría, bien lo sabía ella, que sentía cómo llegaba la muerte, pero era para ella un consuelo supremo morir teniéndolo a su lado.

Y, con voz apagada, con voz agonizante, pronunció:

—George... dame... la... mano... No digas nada.

Y estrechando la mano de aquel hombre que tanto había amado tras

de aquella noche, la pobre muchacha, sintiendo una inmensa placidez espiritual, se apagó y abandonó la vida en silencio, tenue y dulcemente, sin estertores, como se apaga una luz por falta de combustible.

Ferguson sentía una angustia infinita viendo aquella vida extinguirse. Con su práctica de médico estrechando la mano de la agonizante, sentía materialmente cómo se iba apagando la vida, cómo se iba enseñoreando de aquel cuerpo la muerte. Pero en aquellos ojos, tenazmente fijos en los suyos, leía una inmensa placidez espiritual.

Pero fué viendo como desaparecía poco a poco aquella expresión de la mirada. Sintió la mano de la moribunda sin pulso y, con su otra mano, piadosamente, cerró aquellos ojos que le haban consagrado su última mirada.

El doctor Hochberg, a pesar de sus cuarenta años de médico, se encontraba emocionadísimo.

Laura, a pesar de tratarse de quien ella había juzgado, su rival, experimentaba también momentos de inmensa emoción.

\* \* \*

Como si un delicado contraste hubiese pretendido demostrar que no todo es en los hospitales dolor y muerte, cuando salían de la habitación los dos doctores y Laura tras de presenciar la emocionante agonía de Bárbara, llenas las almas de dolorosa angustia, acudió la pequeña Dorothy, ya curada, acompañada de sus padres, a despedirse de Ferguson antes de abandonar el hospital.

—¡Doctor George!... ¡Doctor George!—gritó alegremente la niña.

—¿Qué hay, preciosa?

—Ya me marchó... Me marchó

a casa. Ya estoy buena, doctor George...

—Sí, encanto, ya estás curada—le dijo Ferguson.

—Adiós, doctor George.

—Adiós.

—Adiós, doctor Ferguson—dijo la señora Smith.

—Adiós, señora Smith.

—Y gracias.

—Doctor Ferguson—dijo el señor Smith.

—Adiós, señor Smith.

—Gracias... Vamos, nena.

—Adiós, Dorothy—repitió Ferguson.

—Adiós—repitió la pequeña.

Y se marcharon.

\* \* \*

—Ya lo ves — dijo Hochberg, tras de la alegre despedida de la niña—. Es lo único que nos impul-

sa al sacrificio... Por eso lo hacemos... Mi padre era médico... cirujano... Yo era un muchacho to-



davía... y me acuerdo... una noche vino a mi habitación y me pidió perdón porque iba a morirse. Funcionaba mal... Quizá hubiese vivido otros veinte años de haberse retirado antes de su trabajo... Pero no consintió en ello... El solía decir: "Por encima de todo está la humanidad." ¡Qué gran pensamiento, Laura! ¿Qué significamos cada uno de nosotros, comparados con la humanidad?

Y Laura le dijo a Ferguson:

—Lo siento, George... Salgo para Europa esta noche.

—Ya lo sé—contestó él.

—¿Y tú?—preguntó ella.

—Aquí... aquí.

—¿Con Hocky?

—Sí... después de Viena... al regreso trabajaré con Hochberg. Aquí está mi porvenir.

—Lo sé. Tienes razón... siempre la habéis tenido tú y Hocky... Lucháis por algo grande... ¡La humanidad!

Aquella joven, antes algo frívola, había sido convencida, al ser puesta en contacto con la vida íntima del hospital, aunque hubiese sido a costa de dolorosos golpes morales, de graves conflictos anímicos.

Luego Laura añadió:

—Cuando estés en Viena... quisiera verte... ¡Ah, ya sé! Ya sé que estarás muy ocupado... Pero habrá momentos en que puedas estar a mi lado.

Y el altavoz, implacable, llamó:

—Doctor Ferguson... 208... Oeste.

Y Ferguson, en el aparato, habló:

—Aquí el doctor Ferguson... Sí, sí... Posición Fowler... Llame al doctor Hochberg.

Y el altavoz comenzó a llamar:

—Doctor Hochberg... 208... Oeste... Doctor Hochberg... 208... Oeste.

FIN



# COLECCION USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales de

## La Novela Semanal Cinematográfica

### LIBROS PUBLICADOS:

- La vida alegre.  
El gran desafío.  
Miguel Strogoff o el  
Cuerpo del Zar.  
La princesa sin rostro.  
El copito almuerzo 13.  
Sin familia.  
Mare Nostrum.  
Nunca, si hombre que se  
vea.  
Cobra.  
El fin de Montecarlo.  
Vida bohemia.  
Zaza.  
Adios juventud!  
El culto erasmista.  
La mujer desnuda.  
La Un Ramona.  
Cruzando.  
Don Juan el huracán  
de Sevilla.  
Noche nupcial.  
El asomado cielo.  
Sera Gesta.  
Los verdugos del fuego.  
La murmuración de oro.  
Don Juan.  
El demonio y la carne.  
La castellanía del Libano.  
La tierra de todos.  
Tefuoli.  
El sur de reves.  
Rasos y arena.  
La ciudad custodiada.  
Aguilas recorridas.  
El sarpey de Malacra.  
El papito Sotol.  
El jardín del eden.  
La princesa marit.  
Ramona.  
Una amante.  
El príncipe estudiante.  
Ana Karenina.  
El destino de la carne.  
La mujer divina.  
Alca.  
Cuatro hijos.  
El carnaval de Venecia.  
El vocal de la calle.  
La última cita.  
El asesino.  
Amoroso.  
La ballarina de la Que.  
Mamá Blanca.  
Ben Ali.  
Los cuatro diables.  
Mía, paraca, el.  
Volaz, Volaz.  
La infancia ardiente.  
Un cuerpo muchacho.  
Nochebuena!  
La ruta de Sinasaur.  
La araña.  
Mister Wu.  
Suzanne.  
El desenterrar.  
La melancolía del amor.  
Los tres náufragos.  
Crucetas, la Holandesa.  
Viva Madrid que es mi  
sueño.  
Sombra blanca.  
La casa andaluz.  
La costura.  
Grave.  
El viento de Montecarlo.
- La mujer nueva.  
Viveros modernos.  
El sagrado de Tabiti.  
Ratillas chicas.  
La vida del 98.  
Don Juan el casto.  
Escapadas.  
Escapadas.  
Orquídeas salvajes.  
El calabazero.  
Bartolomé.  
La maldad del diablo.  
El gran maestro de cada  
cosa.  
Vieja hidalga.  
Focality.  
Ternura.  
La ocidiana.  
El beso.  
Ella se va a la guerra.  
Los hijos de nada.  
El nupcial de nubes.  
Sera Isabel de Cerro.  
Las dos hermanas.  
La canción de la estera.  
El precio de un beso.  
La canción del recuerdo.  
De la tierra.  
Del mismo barro.  
Batiolados.  
Cuentos de infancia.  
Olimpia.  
Monsieur Sere. Géne.  
Bautista de gloria.  
Mancha.  
Mujer (la gran narrada).  
El valiente.  
De trinta... marchant.  
Palm.  
El asesino.  
Romance.  
El gran charon.  
Tempestad.  
El hijo del mar.  
Anne Christie.  
Sevilla de dos amores.  
Horizontes nuevos.  
Don Juan (edición nup-  
cial).  
La incomprehensión.  
El niño.  
El nuevo real.  
Sera el tacho de Paria.  
Vulgaridad.  
Montecarlo.  
Cuentos del infierno.  
Mía, paraca!  
Alcazar.  
La mujer sin amando.  
Al amado de 3-4.  
La princesa escuadra.  
Amoroso de amor.  
El gran desafío (edición  
popular).  
De Escri. mujer de na-  
ción.  
La vida alegre (edición  
popular).  
Aguilas del infierno.  
Cuentos y alma.  
El impoesto.  
Romance a medias.  
Relatos de la moda.  
Petit Café.  
Hay que casar al prin-  
cipe.  
"Amoroso".  
El secreto de Marr Du-  
can.
- Marrocos.  
En cada puerta un amor.  
Conoce una mujer?  
El millón.  
La mujer X.  
Como siempre.  
Mare de fondo.  
La dama escuadra.  
La ley del barón.  
La luna amorosa.  
Vidas truncadas.  
La herida del mar.  
Tabi.  
El pasado arcaico.  
Pasa siempre la casa.  
Tránsito. Hora.  
Un vamo en la corte  
del rey Arturo.  
El código penal.  
La pura verdad.  
Maldad, o el derecho  
a la vida fuera de se-  
rie.  
Carbon (La tragedia de la  
guerra).  
Estadística.  
Los verdugos de Eklon.  
¡Qué vida!  
El camino de la vida.  
Noches de Vienna.  
Mama.  
Eran tres.  
Hacienda.  
Nuestro amor vez.  
Camuflajes de luna.  
Los hijos de la calle.  
La escuadra.  
Madame Satin.  
Cuando se suicida!  
Maldad.  
El cargo amarillo.  
Honorable a tu madre.  
En última noche.  
Los secretos chicos de  
Viena.  
Vive la libertad!  
Maldad.  
El penitente del amor.  
Delirio.  
Cielo robado.  
Amoroso idilio.  
Honor entre amantes.  
Para alcanzar la luna.  
El hombre sin amor.  
[Indicador].  
La vida.  
El universo.  
Maldad de naz.  
Amores de medianoche.  
Miguel Strogoff o el  
Cuerpo del Zar (edi-  
ción popular).  
La hermana Ben Solpico.  
El desprecio y la carne.  
Edición popular.  
La dama misteriosa.  
Los clavos de la Vi-  
da.  
Amor de baile.  
Al Canoso (Páid en  
Chicano).  
El último amor.  
Cuchetas de uniforme.  
Serido y mujer.  
Mia-Mia.  
Amoroso (fuera de se-  
rie).  
Carroceros.  
Tras una vez en vida.
- Hombres en mi vida.  
Nieta.  
Reflex.  
Maldad.  
Amor de los monos.  
El vector del barro.  
La mujer al mundo por  
Dominga Palchouka.  
Chico bien.  
Reflexo asados.  
Mama (El casto).  
La casa del lugar.  
Los amigos de José Mo-  
ra (fuera de serie).  
El caballero de la noche.  
Amoroso Lubin.  
La dama del 11.  
Amor en venta.  
El mundo de Mafelán.  
Clement.  
La casa de los muertos.  
Amor del cielo.  
El amoroso Dreyfus.  
La vida de un gran ar-  
tista.  
El último varón sobre la  
tierra.  
Amoroso.  
Cuchetas inmortales.  
Sera un fugitivo.  
Clement.  
La película de los espe-  
ros. Grand Hotel (fu-  
era de serie).  
Indicador al desamado.  
Amoroso.  
El doctor X.  
Mama.  
Amoroso en unida.  
El hijo del destino.  
Amoroso.  
El amoroso en la arena.  
El amor del cielo.  
El amoroso de la ciudad.  
El hombre que se tela  
del amor.  
Maldad.  
Maldad de medianoche.  
Mama rubicunda.  
La primera se Clivier.  
La mesa asomada.  
El rey de los gigantes.  
El sargento X.  
Los seis misteriosos.  
Esta casa moderna.  
La vida de Batorá.  
Amor al pasar.  
El mayor amor.  
El amoroso fantasma.  
Al amoroso.  
El amor de la Monta Li-  
on (La Gloriosa).  
La edad de amar.  
Salvado.  
Amoroso por amor.  
Amoroso sin rumbo.  
Corrosión volantes.  
Amoroso-Fantasma-Demora  
(fuera de serie).  
Los tres monomitos.  
Amoroso de la  
viola).  
Maldad (La parte de Los  
tres monomitos).  
Reflexión.  
La casa.  
Amoroso (fuera de se-  
rie).  
Cuchetas.  
Serido.

La tarta de la vida.	Pro Diavolo.	Se ha fundido un brazo.	La portera de la fábrica.
Una morsa y una rubia.	El sudario ideal.	El error de los padres.	Grandes del amor.
Cómo tú me desent.	El pullo errante.	La ciudad de cartón.	Fanny.
El relicario.	El hijo de la caravana.	Honduras de invierno.	Siempre en mi corazón.
El amor y la suerte.	Larry Lynch.	Dña. Francisquita.	Torzan y su compañeros.
Una viuda romántica.	María Chino.	El rafi de la marina.	El gato y el violin.
Barrota y la Zarra.	Lo tú y ella.	El arma en el suelo.	Ser Angélica.
Susana tiene un secreto.	Un ladrón en la alcoba.	El poseedor y la dama.	Judea.
24.502 años en Blue Bird.	El cantar de los cantares.	Esclaves de la tierra.	Casanova.
Hicieron en Budapest.	La llama eterna.	El amor y el Don Juan.	El primer amor.
Milagro.	Un hombre de coraza.	Almas de hallarinas.	Esau.
Vivamos hoy.	Sierro de Ronda.	Va de lado esola.	El capitán de cosaca.
John.	El rey de los tótemos.	No seas calera.	El alder de la moda.
Las alumnas del museo.	La Cruz y la Vagada.	Destile de condoleas.	La virgen de la roca.
El secreto del mar.	El canto del ruiseñor.	Aves al rumbo.	La herencia.
Mis labios sueñan.	Adiós a los amos.	Siempre es así.	Madame Du Barry.
No dejes la puerta abierta.	La mundana.	Pecados en la calle.	Sucedía una noche...
Donoche.	Tú eres sol.	Una noche en El Calce.	
La melodia prohibida.	Catalina de Rosta.	Rosa de maracóche.	
El primer derecho de un	Envenenada al amanecer.	El rey de la plata.	
Min.	Santa.	Sobek el ciego.	
Canción de Oriente.	Señora a la veta.	Las sorpresas del coche-	
La amargura del general.	Alala.	chase.	
Yan.	La hermanita blanca.	Sol en la nieve.	
Gallina.	La Reina Cristina de Sue-	Madres de lauditoras.	
La vida privada de Enri-	cia.		
que VIII.	Fu un solo destia.		

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

Próximo número:

EL HUMANÍSIMO ASUNTO

## FUEROS HUMANOS

- por -

Spencer Tracy y Loretta Young.

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!

¡Haga sus pedidos desde ahora mismo!

EXIJA SIEMPRE

EDICIONES BISTAGNE

St. Gertrude Blaw

2/11

8.65 E

**E. B.**

**Precio: Una peseta**